

La Ilustración Sud-Americana

AÑO VI

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 124

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
La correspondencia a nombre del director

BUENOS AIRES, FEBRERO 16 DE 1898

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
Los originales no se devuelven

SILUETAS DE CARNAVAL



UNA PIERRETTE — REPRODUCCIÓN FOTOGRÁFICA

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO

DE LAS

REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS

FUNDADO EN 1892

EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICIÓN ARGENTINA

24 PÁGINAS

APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICIÓN URUGUAYA

24 PÁGINAS

APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año.....	\$ m/n. 18.—	Año.....	\$ m/n. 20.—
Semestre.....	9.—	Semestre.....	10.—
Trimestre.....	5.—	Trimestre.....	5.50

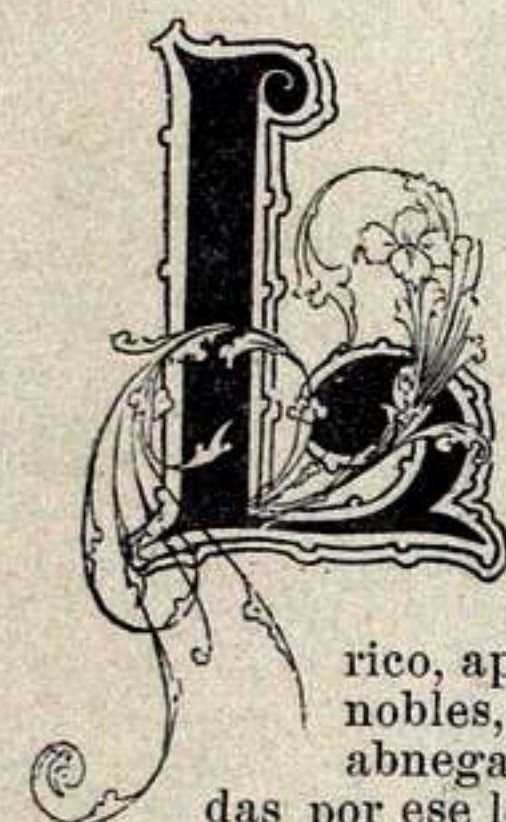
EXTERIOR: Año..... \$ oro 9.—
Chile y Uruguay..... 8.—
Número suelto: \$ 1.25 m/n. * Número atrasado: \$ 1.50 m/n

TOMOS ENCUADERNADOS

DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896 Y 1897

\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



Las pasiones desbordadas que fecundan en el fango del arroyo tienen su apoteosis en las columnas de la «crónica policial» de nuestra prensa; aún más, en lugar más escogido, el ingenio y la poesía bordan con frase sutil una «novela de interés», á veces, y en breve noticia, sin comentario ni adorno retórico, aparecen en cambio los hechos nobles, las virtudes modestas y las abnegaciones sublimes que, salpicadas por ese lodo soez de los antros de la miseria y la desnudez, esperan la hora de la justicia humana.

Esta no llega; es inútil. Los rasgos del sencillo y altísimo heroísmo que se alza por encima de las impurezas de la existencia, no hallan cronistas ni narradores que enaltezcan sus nobilísimos ejemplos.

Nos quejamos de nuestro «atraso literario»: es voz corriente la de que faltan temas para asuntos sensacionales. Ahí están, en la calle: ora es el obrero que agota sus esfuerzos para sostener á sus padres ancianos; ya la artesana que prohija una criatura engendrada en la obscuridad del vicio y abandonada en la orfandad más espantosa; ya también el opulento banquero que se arruina, que cae en la miseria por pagar fielmente sus deudas y salvar pura y limpia su honra en entredicho, ó la familia cristiana que, sujeta al duro yunque del trabajo, se eleva y salva á sus hijos, haciéndolos hombres, del ignominioso estigma de la viciosa ignorancia de los pobres sin fe y sin estímulos ni ejemplos para su mejora y redención.

Las sociedades benéficas no alcanzan á eso: se necesita el concurso del publicista, el martilleo de la noticia en variadas formas, la sugestión del adorno retórico y la persuasión del «efectismo teatral» en producciones variadas, desde la forma más amena hasta la más sombría tragedia. ¿Dónde están esas plumas? ¿Qué hacen esos ingenios? ¿Dónde se hallan simbolistas y decadentes que busquen armonías y contrastes en la flora de los campos ó en la flora mitológica del mundo heleno?

Muy cerca, muy cerca de nosotros, cunde espantosa plaga que paraliza con su nombre los más varoniles arranques de iniciativas. En Corrientes, en la desdichada provincia víctima de tantos males de la política y de las concupiscencias humanas, el terrible azote de la lepra amenaza contagiarnos todo: en valles y montañas, en pueblos de campo y ciudades comerciales, el avance epidémico se señala de una manera portentosa. ¿Qué hacemos?

Hace veinte años que el mal de San Lázaro, como se designa esa peste, no era conocido sino en las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, y hoy se encuentran focos en la provincia de Buenos Aires, bien caracterizados en Mercedes y Chivilcoy, algunos casos en el Tandil y otros en la Magdalena; en Córdoba también se encuentran en algunos valles, así como en Salta y La Rioja.

El año pasado, en el Congreso, los diputados por

Corrientes, doctores Contte y Amarilla, hicieron conocer la necesidad de fundar en esa provincia un asilo de leprosos para aislar los enfermos existentes, y se votaron con ese objeto treinta mil nacionales para levantar ese Hospital; pero esa suma, á pesar de que el Ministro de Hacienda de Corrientes, doctor Ferreyra, un hombre dotado de tan buena voluntad como activo, la gestiona sin descanso, no es entregada, debido sin duda á que el Poder Ejecutivo no se da bien cuenta de la urgencia con que es reclamada esa obra pública.

El Departamento Nacional de Higiene, por su parte, ha encarecido en notas repetidas, desde hace más de tres años, la necesidad de que el Gobierno Nacional lo autorizara para adoptar medidas de aislamiento, y hacer un estudio de las zonas invadidas; estudio que sin recursos de ningún género y luchando con toda clase de dificultades ha llevado á cabo una comisión nombrada por el Departamento y presidida por el doctor Penna, y de que forman parte los doctores Sommer, Aberastury, Semprun, Alvarez y de los Santos, que va á contribuir en gran parte á que se conozca con seguridad la extensión que haya adquirido el mal y, por tanto, las medidas que convenga adoptar para detenerlo.

Esta comisión se ha puesto de acuerdo con el doctor Ferreyra y va á aconsejar al Departamento Nacional de Higiene que solicite del Poder Ejecutivo ponga á la disposición del mismo Departamento ó del Gobierno de Corrientes la suma votada, por ser de toda urgencia la construcción de un asilo de leprosos para detener en su principio la epidemia que se inicia. Que cuente el país por lo menos con un Hospital especial donde atender á aquellos enfermos, ya que no es posible por ahora adoptar medidas de carácter más general.

Hasta aquí, hoy por hoy, la *iniciativa oficial*. ¿Y el concurso privado? ¿Dónde se encuentran las plumas galanas, los rasgos brillantes, las lúciditas inteligencias que estudien los rasgos de abnegación (debe haberlos, sin duda) que abriguen la grandeza moral de unos cuantos *escogidos*, en contraste con la miseria cobardía de los que se alejen, huyan y escapen, olvidando vinculaciones sociales, afectos del alma y deberes de la sangre? ¿Por qué este indiferentismo? ¿Será oportuno aplicar á los vates y bardos de la moderna época el valiente apóstrofe de Quintana?

Y si queréis que el universo os crea dignos del lauro con que ceñís la frente, que vuestro canto enérgico y valiente digno también del universo sea.

Otra triste noticia complementa los pesimistas tonos de nuestra crónica quincenal: los temblores de tierra en Catamarca, que han producido desgracias de proporciones lamentables.

Ha habido muertos y heridos: todas las casas de la villa de Pomán, y de algunas otras han sido destruidas por las ondulaciones subterráneas. ¿Qué hacemos? Copiamos de un ilustrado diario argentino conceptos que honran la misión de periodistas de sus redactores: esto es más gráfico, más de actualidad y escrito bajo la primera impresión dolorosa del trágico hecho inesperado, cuando todo se revuelve aquí en fiestas y festejos con variados fines, y se preparan gastos y dispendios para el próximo Carnaval:

«La República Argentina, cuyo centro intelectual es tan sensible que resuena con las menores vibraciones dolorosas de la más lejana aldea del mundo, no puede ver con indiferencia que en una provincia de la nación se produzca una desgracia —de las que pueden repararse con dinero— sin ocurrir á ella con sus manos llenas del óbolo que siempre prodiga á todos los menesterosos.

«Cuatro mil personas pobres han quedado sin casa, sin hogar y sin trabajo.

«Las sociedades que en este momento se ocupan en realizar grandes fiestas para edificar santuarios ó agrandar otros, podrían cambiar el curso de esa corriente y mostrar así que las almas del espíritu verdaderamente caritativo que suponen toda religión, mientras se organizan suscripciones populares, bailes ó conferencias, fiestas teatrales, etc., para allegar recursos á los necesitados, como se hizo por Ischia, como se hizo por Murcia.»

Hace algunos años decíamos en estas mismas columnas:

«Nacemos á la vida social con poca resistencia y amplios deseos: aquélla, leve, escasa, apenas ejercitada en los juveniles años, en que el mimo de la familia y los agasajos de parientes y conocidos, nos han acostumbrado á risueño sendero de rosas y perfumes. Muchos consejos, vanas palabras que el viento de la tarde arrastró entre el polvo de la ciudad, y pocos actos de presión que violenten las tendencias naturales al desvío y la incorrección, desarrollan en la mente soñadora, aparatosos horizontes de porvenir felicísimo, y difunden en el espíritu afanes y concupiscencias cuyo fuego ardoroso se apaga tardío en horas de desengaño ó en el estéril campo de la senectud.

«Y la lucha empieza: el amor propio se yergue, y nace la vanidad ostentosa; asoma su faz amari-

llenta la envidia traicionera, y despierta fogosa ambición, y enardece el deseo, la voluntad ordena, y la discreta razón, prudente, confiada, solícita y humilde, sin armas ni escudo para el combate, deja el campo y abandona la arena, donde entroniza avasalladora voluntad, su cetro y su reinado, llevando inacabable cortejo de antojos caprichosos y necias pretensiones.

«Aún hay otro valladar: la razón calló y dejó libre el campo al guerrear; pero aparece impeterrita, incommovible, fuerte y poderosa, con unas dimensiones sin límites, con unos obstáculos inconcebibles, la misera realidad que presenta abrojos, espinas y mortificaciones en su ruda vía de ascensión. ¿Cómo vencerla? Allí están las armas: el esfuerzo, la perseverancia inquebrantable, la infatigable asiduidad y el brio varonil de una fe robusta, que vencerán tras larga serie de infortunados y alternados combates en que se arrancan trofeos al adversario, ó se tejen coronas con los propios despojos y desgarramientos del alma herida.

«¡Bah! Esas armas no tienen precisión ni rapidez; otras, otras más buenas, más certeras, más eficaces, requiere la juvenil y batallona hueste. ¿Cuáles? El todo por el todo. O ruina ó victoria inmediatas. ¿Quién sabe? ¡El azar!.....»

Y así vivimos: en brazos de la suerte.

Justo, justísimo es cuanto precede recordando entre nuestras impresiones de «cronistas» el entusiasmo de la juventud para la inauguración del Club Atlético Argentino.

«El vigor físico? Está bien: pero... ¿y el vigor moral? A veces... van unidos los dos desde la infancia, y aquí, «cosechando en mies ajena», vienen oportunamente los consejos de un ilustrado médico y literato:

«Los niños débiles,—he aquí un tema que ha de interesar á todo el mundo, y especialmente á las madres. No sólo el hogar, sino la patria, está en el niño, que es el padre de las generaciones futuras. Casi no hay una madre que no tenga que decir á su médico:

—Estos niños son muy débiles, doctor; ¿qué les haré?

Y lo peor del caso es que, excepto algunos charlatanes, no hay un solo médico que no se encuentre en la imposibilidad de contestar esa pregunta. Ya se trate de un niño ó de un adulto, de un anémico, de un clorótico ó de un escrofuloso, el remedio,—bebida, pildora, oblea—el remedio que pueda curar, es completamente desconocido para todos los médicos, por la sencilla razón de que ese remedio concreto y eficaz no existe: el remedio verdadero es múltiple, el remedio está en el régimen.

Recientemente, un sabio norteamericano, el profesor Ch. E. Simon, afirmaba la inutilidad de todo medicamento para la cloro-anemia. Según él, esta enfermedad es perfectamente curable por un régimen apropiado, y solamente los pobres, impedidos de someterse á un régimen, pueden aprovecharse de las preparaciones farmacéuticas.

Sin duda que hay alguna exageración en esa tesis absoluta; pero hay que reconocer también que el sabio americano coloca de esa manera la cuestión en su verdadero terreno. Modificando un poco su afirmación, podemos decir: en todos los casos de debilidad, la higiene y el régimen son la base del tratamiento; los remedios no deben intervenir sino como auxiliares, como accesorios, á veces obligados, de la curación.

La debilidad en el niño,—no hablo aquí sino de los niños que han cumplido dos años,—tiene causas múltiples; pero es siempre la expresión de un estado constitucional defectuoso. Para hacerla desaparecer es necesario, en cierto modo, rehacer todo el organismo infantil, modificar profundamente la piel, los huesos, la sangre.

¿Existe alguna droga que pueda operar esa transformación, alguna pildora ó poción que sea capaz de realizar esa renovación, esa resurrección?

No; absolutamente no. Cualquiera individuo ó corporación que quisiera darse una popularidad barata y un renombre de filantropía que no le cueste nada, puede ofrecer un premio de cien mil pesos al inventor del remedio para la debilidad, con la certidumbre de que no habrá concurrentes al certamen, ó de que, aun cuando los hubiera por centenares, no tendría que pagar el premio.

Por desgracia, el público no está suficientemente penetrado de esta idea, y cuando busca un recurso en las drogas más variadas, es porque no ve en la debilidad más que un accidente superficial, y no una perturbación profunda del organismo, que ataca la vitalidad en su fuente y en su esencia. Las preocupaciones absurdas, lamentables, que se apoderan de las personas más inteligentes é ilustradas han contribuido á propagar y perpetuar esas falsas concepciones.

Ocupándose, el mismo doctor, de las ventajas de la gimnasia sobre todas las variedades de la *farmacopea*, recomienda la «gimnasia médica» y aconseja el método sueco con estos oportunos conceptos:

«Ordenad á alguien que suba á un árbol. Si no está habituado á este ejercicio, se ayudará con los brazos y con los piernas. Pues bien: suponed que tiene los brazos débiles; y que se trata de robustecerlos; por eso mismo de que sus brazos

son débiles, para trepar al árbol se ayudará especialmente de las piernas, y resultará que ese ejercicio no cumplirá con su objeto, ó lo cumplirá imperfectamente.

El método de Link salva precisamente este inconveniente. Permite al médico escoger la parte del cuerpo que desea robustecer; dosifica y gradúa el ejercicio que le impone, lo limita en su acción y en su extensión.

No intervienen aquí trapecios, ni barras fijas, ni paralelas, ejercicios que sólo puede ejecutar gente vigorosa, á costa de violentos esfuerzos; se trata de movimientos metódicos, apropiados á las fuerzas de todo enfermo, y que conducen á éste por un camino seguro y netamente trazado hacia una curación cierta.

Tales son los principios que rigen la gimnástica sueca. Principios excelentes, sancionados por una experiencia de más de 80 años, aplicados con el mayor éxito contra todas las afecciones crónicas de los órganos del movimiento, las desviaciones de la columna vertebral, las deformaciones torácicas, ciertas parálisis, ciertos vicios constitucionales,—pero que, á pesar de todo, son ignorados entre nosotros ó mal apreciados.

Parece que nuestros enfermos están plantados en lo de antes:—«Dadnos pildoras, jarabes, obleas, polvos: no queremos saber nada de hidroterapia, de masaje, de climatoterapia, de gimnástica médica». Y el doctor tiene que recetar, aunque sepa que la droga ha de ser poco eficaz.

Por mi parte, con hacer guerra á la rutina, hago guerra á la enfermedad, y sirvo á muchos enfermos.»

X... vive con esplendor; él en la intimidad, nos confiesa sus apuros financieros:

—No puedo más—nos decía—con estas estrecheces.

—Pues corta, corta....

—¿Por dónde?

—Mira, te lo dirá Eusebio Blasco:

Es tan estrecho el ajuar del pobre de don Donato, que le dió un gato Gaspar, y le cortó el rabo al gato para que pudiera entrar!

—¿De qué te disfrazas este Carnaval?

—De... empleado.

—¡Hombre! Eso no es disfraz: vivimos en un país lleno de esas sanguijuelas....

—Pues... por eso; pasearé y estaré... en ejercicio de mis funciones.

MARINO BRAIS.



LA FUENTE Y LA MARIPOSA

Sobre el cristal de una fuente una rosa se inclinaba, y en la linfa contemplándose y haciendo espejo del agua su propia imagen veía de sí propia enamorada.

En esto, con giros rápidos, una mariposa cándida llegó al borde de la fuente y recogiendo sus alas, posó su vuelo un instante, caprichosa ó fatigada.

Vió mecerse las dos rosas entre los soplos del aura: la del rosal verdadero, la que el cristal imitaba; y escogiendo la fingida para centro de sus ansias, dirigió su alegre vuelo á la cristalina taza, hundiéndose en líquida tumba su cuerpecillo y sus alas, el tul que las transparenta y el iris que las esmalta.

¡Ay del que busca ilusiones y realidades aparta! Será cual la mariposa aturdida de esta fábula, que se hundirá en el abismo de la mentira y la nada. ¡Por cada rosa de arriba hay otra que finge el agua!

JOSÉ ECHEGARAY.



EL « MUNDO » DEL VERANO

Equilibrio social.—En el «Jardín Florida».—El veraneo en Adrogué.—Fiestas en el Tigre Hotel.—La *promenade concert* de San Isidro.—En «Mar del Plata».—Inauguración de un templo.—Notas mundanas.—Fiestas en Lomas de Zamora.—Díceres y dichos.

No es todo el mundo: es el que se divierte... ó el que aparenta divertirse: oscila de aquí para allá, ostenta por doquier su lujo ó sus pretensiones, su cinismo ó su valer, y... su despreocupación, siempre, ante la estulta multitud que juzga por los arreos, por el oropel que despiden rayos y tonos brillantes, y no distingue en su miopía, de sabios y tontos, de valias y nulidades.

El carnaval se acerca: después... entonaremos el *Memento homo*. La juvenil y batallona hueste masculina se divierte; la gentil grey femenina perfuma el ambiente, y en éste, aromático por la esencia juvenil, sonríe por el cortejo de ilusiones y esperanzas que lo forman, pasan necios y prudentes, discretos é importunos, con un *baño social* para cubrir las conveniencias.

Y todos llevan su contrapeso: los ineptos, su fortuna; los animosos la exigüidad de su oro; los tímidos, su apellido; los despreocupados, su conciencia; y así, equilibrándose *fallas* y *sobras*, se traduce el poema social, y se divierten, lucen, y brillan; mañana... todo se iguala.

En el poema del orgullo humano bien pronto cesa la reñida guerra que alza en la sociedad su ruda mano. Pues luego que el sarcófago se cierra, el polvo del monarca y del villano se abrazan en el seno de la tierra.

* *

Lucidas, lucidísimas, las fiestas del «Jardín Florida». El objeto es benéfico... para la Basílica de Luján. Los medios... dejémoslos de extremos, y digamos *mundanamente*, repitiendo ecos seguidísimos de variadas opiniones:

Hágase el milagro y... hágalo el diablo.

Numerosa concurrencia, día á día, comprueba el interés que hay por estas fiestas benéficas, sobre todo por el *savoir faire* que ha llenado de encantos el improvisado jardín, confirmándose esta opinión en la noche que se estableció entrada libre, y allegando así extraordinaria concurrencia que daba generosamente su óbolo voluntario, los espectáculos variados de aquel local iluminado profusamente.

Por las avenidas del jardín circulaban grupos numerosos que las llenaban en toda su extensión, y en el tiro al blanco, en la confitería y en los diversos juegos se renovaba continuamente el público, manteniendo un animado movimiento, que duró hasta las doce de la noche. Las carreritas, como siempre, tuvieron su círculo de aficionados, y con tal entusiasmo se jugaba, que llegaron á venderse cinco y seis series en cada carrera.

Como decimos, en este día, la comisión había resuelto no cobrar entrada, dejando librado su pago á la generosidad de los concurrentes. Cerca de la puerta una comisión de damas estaba á cargo de la alcancía, para recibir las donaciones, al mismo tiempo que una comisión de caballeros impedía que la franquicia de la entrada libre fuera aprovechada por personas sospechosas. La entrada pecuniaria que se obtuvo ha dejado muy satisfecha á la comisión organizadora, superando en mucho sus esperanzas.

La fiesta fué amenizada por la banda de policía y una particular, situadas en los jardines. En el teatro obtuvo gran éxito la *Marcha de Cádiz*, que arrancó más de una salva de aplausos. *Ecos posteriores* comprueban que estas fiestas siguen con el mismo éxito.

* *

La «temporada social» del verano está en su período álgido; el carnaval está próximo y ya van preparándose por pueblos y pueblecitos veraneos para animadísimos bailes y *corsos* de todas clases:

En el Tigre y Adrogué, en Lomas y San Isidro, en Mar del Plata y... pero ¿á qué alargar la lista que las «notas» de cartera nos darán por orden correlativo de fiestas y festejos?

Adrogué es de los parajes de veraneo más alegres y animados. Se nota poco, allí, ese estiramiento y esa afectación característicos de alto *advenedismo* (valga la palabreja) que presume de *aristocrático*,—que hace tan fastidiosas las fiestas en otros pueblecitos, cuyos nombres callamos, por discreción... ó por malicia.

En las calles, la estación y los hoteles del pintoresco Adrogué,—cuyas alamedas, graciosas y elegantemente delineadas, le dan el aspecto de un amplísimo jardín cuajado de chalets,—circulan profusamente los paseantes, sin remilgos ni etiquetas de mal gusto en el campo.

En los salones del hotel de las Delicias la afluencia de concurrencia es siempre

notable. El concierto del sábado primero de esta quincena, verificado en aquel hotel, bajo los auspicios de la sociedad de San Vicente de Paul, y á beneficio de los pobres de la localidad, fué todo un triunfo, así por su música como por lo numeroso de su concurrencia.

Por las noches obsérvase gran animación en las calles, el hotel y la estación del ferrocarril.

Entre las familias que vimos por allí, anotamos á la de Pellegrini, Obligado, Acébal, Vedia, García, Aubone, Devoto, Mármol, Moreno, Noceti, Bunge, Pico, Díaz, Jiménez, Coelho, Videla, Obligado, Deagustini, Huerco, Chas, Badaraco, Bonorino, González Videla, Bullrich, Mández Muñoz, Vidal Domínguez, Etcheverry, Ledesma, Arana, Haimes, Reyes Lavalle, Moss, Granel, Fernández, Marengo, Suits, González Chaves, Fredo, Castaing, Martínez, Condomi, Barros, Zapiola, Jiménez Zapiola, Bustos, Herz, Díaz, Serna, Pinto, Lawry, Mármol, Quintana, Adrogué, Ochoa, Meañá, Blanco, Canevaro, Arana, Coll, Humers, Schneiders, Fredenhagen, Cabrera, Gaudencio, Vivot, Damianovich, Gascón y otras muchas.

Un paseo campestre á Santa Catalina, que debió tener lugar últimamente, se suspendió á causa del mal tiempo.

Los martes y los sábados se verifican, todas las semanas, animadas *sauteries*, en el gran salón del hotel de las Delicias, á las cuales concurren las familias más distinguidas que veranean en la localidad.

De Temperley y Lomas de Zamora afluyen muchas familias á esas fiestas de Adrogué, pueblo que algunas personas proclaman, como el más animado de los alrededores de la «gran capital del sud».

Se verificará allí un gran corso de carnaval. Una comisión que ha recolectado fondos con este objeto, tiene ya en su poder más de 4.000 pesos, pues las carnestolendas se realizarán allí con inusitada pompa. Para adornar la trayectoria del corso se han alquilado, en 1.200 pesos, las lámparas de colores que se emplean en la iluminación de la plaza de Mayo, en las grandes fiestas patrias.

Además de los anunciados grandes bailes de disfraz del hotel de las Delicias, el señor Castaing, dará una tertulia de máscaras; estamos de enhorabuena, porque así resaltará la exquisita amabilidad con que sabe obsequiar á sus numerosas relaciones este *perfecto caballero*.

Entre las más gratas promesas que se ofrecen en los puntos de la temporada, para el próximo carnaval, se cuentan los dos bailes de fantasía y disfraz que se realizarán en el gran comedor del Tigre-Hotel, á beneficio de los pobres de la localidad, patrocinados por una comisión de señoras que veranean en aquella localidad pintoresca.

El gran salón comedor y la magnífica terraza estarán elegantemente adornados y dispuestos para baile y paseo. La cena será servida en el salón de billar y en la sala del hotel. Una numerosa orquesta, probablemente la de Furlotti, tendrá á su cargo la ejecución del programa.

Las invitaciones comenzarán á circular en breve, y se distribuirán entre todas las familias que habitan aquel paraje, así como de las localidades vecinas y hasta de la capital afluirá animoso concurso juvenil.

En las dos noches de baile, 19 y 22 del corriente, correrá un tren expreso á la hora de terminarse la fiesta.

En el salón municipal de San Isidro se verificó, en pasadas noches, una lucida *promenade-concert*, que tuvo un brillante éxito de *chic* y elegancia.

Estaban allí: Rita Anchorena, María Eugenia y María Ignacia Huerco, Carlota Varela, Sara y María Segunda Castro Videla, Elvira Bilbao, Aurora Cranwell, Delfina, Laura y Elvira Arredondo, María, Sara, Justa y Florencia Becar Varela, Venturina Zavaleta, Julia y Sara Claypole, María, Elisa y Elvira Gorostiaga, María y Josefina Nazar, Julia Bunge, Elena, Ernestina y Josefina Lahitte, María Antonia Uribe Larrea, Josefina Sánchez, Delfina Miguens, Raquel y Elena Bilbao, María Mercedes de las Carreras, Julia, Lola y Lucinda Méndez, Zulema Peralta Ramos, Rita Molina, Florencia Peña, María Luisa y Lola Cornejo, Nieves Figueroa, María Elena Oyuela, Corina Obarrio, Mercedes Aguirre, María Celestina Richard Lavalle, María Isabel Reboredo, Cristina Méndez, y muchas otras que la memoria olvida.

No faltaron discretos encantadores ni *románticas* observaciones; pero... esto es del género *privado* y hasta... del género masculino. Callen las lenguas y aplaudan feos y barbudos con ambas manos.

Llegó el primer domingo de este doble seminario de nuestros crónicas, y la fiesta se realizó con inusitada pompa en el balneario de moda. Era la inauguración del nuevo templo de Mar del Plata, fiesta religiosa que asumió inusitadas proporciones y presenciaron gran número de familias.

Ofició el arzobispo monseñor Uladislao Castellano, con gran boato, dando una excepcional importancia á la ceremonia. A su llegada á la estación, el domingo á la madrugada, fué recibido

allí oficialmente por el intendente señor Peralta Ramos y por una numerosa concurrencia.

A las diez y media se dijo una misa solemne. La nave era pequeña para contener a todos los concurrentes. Aquella parecía una función mundana.

El padre Becco pronunció, tan briosa y pomposamente como acostumbraba, elocuentes y patrióticas palabras. Proclamó las más patéticas bendiciones del cielo para las personas que habían contribuido con inmensos sacrificios a levantar, como Salomón, aquella hermosa «casa de Dios».

Monseñor Castellano dió inmediatamente, según el apto prescripto en los cánones, su apostólica bendición episcopal al flamante templo.

Y nos pusimos a pensar en la arquitectura del templo, pero... *peor es meneallo*: diremos, en términos generales, que es de mayor corrección y unidad de estilo que muchos adelfos arquitectónicos de su género que desfiguran el arte religioso y... la devoción de la grey rezadora de esta capital. Sus planos se deben al ingeniero francés señor Benoit.

Muy hermosas son las grandes y místicas vidrieras coloreadas, que se deben a la casa Favier, Mezieres y Bailly. Los dibujos son netos, los tintes claros y suaves, como para no apagar demasiado los efectos de la luz; las figuras graciosas y naturales. Estas vidrieras son en su mayor parte imitación de las de la Santa Capilla de los Agustinos de París.

Entre las artísticas y más hermosas, llaman la atención una «muerte de San José», donada por la señora Clara Cobo de Anchorena; un San Ignacio, donado por la señorita Emilia Ramos Otero; y las regaladas por las señoritas Rufina, Isabel y Justina Castilla, señoras Carlota Velázquez de Ocampo, Angela M. de Cullen, Julia Iza de Camet y otras.

Además de esta *nota severa*, por su carácter esencialísimo, recoge el cronista no pocas «informaciones profanas» del señorío que en «nuestro balneario» se divierte.

En la bicicleta llaman la atención las señoritas de Green, la señora Möller de Victorica y otras distinguidas damas y niñas. Pero tienen la costumbre de dedicarse de incógnito a tan elegante sport, en la playa y en horas en que nadie puede verlas, más que los peces... que son los que en este caso pescan.

El mar está muy tranquilo en estos días, lo cual permite a los bañistas dedicarse al higiénico ejercicio de la natación y «hacer sus pinitos» con brazos y piernas, luciendo el elegante busto *masculino*... los más *snobs*.

La temporada es sumamente agradable. Este mes es uno de los más templados en aquel delicioso punto de baños.

En cuanto a noviazgos, se citan varios, pero que aún no parecen haberse «formalizado»: están *verdes*... como el mar que los refresca con sus brisas de mañana y tarde.

Lomas de Zamora da también su nota alegre, en esta temporada, entre los pueblecitos del Sud.

A las muchas fiestas que allí se han celebrado, tenemos que agregar las que se preparan para los días 12 y 13 del corriente, a beneficio del asilo que la sociedad del Amor Maternal construye en aquel pueblo.

Figuran en ellas una *kermesse* en el local del asilo y en la que habrá toda clase de diversiones, entre otras carreras de bicicletas para niños, a pie, en sacos, etc., y venta de cédulas, confitería, pesca maravillosa, etc., atendidas por distinguidas señoritas de la localidad.

Concluirán estas fiestas el domingo 13 con un gran concierto organizado por el profesor señor Mancini, y en el que tomarán parte las señoritas de Lezama, de Fonteynes, Roselló, Lastra y otras más, y el célebre bandolinista Cimaglia.

Todo esto se habrá *ejecutado* al salir a luz nuestro número, pero no queremos olvidar la nota más característica de estas fiestas; es decir, lo que constituirá el «gran



D. AGUSTÍN EDWARDS
† en Santiago de Chile en Diciembre de 1897

éxito», que serán el baile y piececita infantil en el que tomarán parte 32 niños de ambos sexos, hijos de las principales familias de ese pueblo.

Amenizarán todas estas fiestas la banda de policía de la capital federal, una de línea y la de la localidad.

La comisión organizadora de estas fiestas, compuesta de los señores Bayo, Piñero, Casares, Spuch, Oliver, Banante y Souza, trabaja sin descanso a fin de que ellas revistan el mayor brillo, a que son acreedores por el fin humanitario que las guía.

—¿Qué te parece de... tanta fiesta benéfica?

—Que confirma la verdad del refrán castellano: «Haz bien y no mires a quién».

—Ni... ¿cómo?



MAR DEL PLATA — UN BANQUETE EN «LA PERLA DEL NORTE»

Una que otra *nota amarga* en algunas de las familias que veranean, ha sido la de un hijo o un hermano que «salió mal» en los exámenes de Diciembre y espera los de Marzo. ¿Saldrá bien? ¿Saldrá mal? Y el *problema educativo* toma en labios femeninos cómicos giros, por lo oportuno de las observaciones de nuestras gentiles damas.

—Ya ve usted, nos decía Luisa X., ayer: tengo un hermano que está en 5.º año del «Colegio Nacional» y... no sabe gramática. Confunde los tiempos de los verbos: me decía ayer que mi *futuro* está en *pasado*.

—Y ¿por qué?

—Pues, exclama el muchacho (presente a la discusión académica), porque viste a la moda... del pasado siglo.

Otros ponderan las prendas intelectuales de un joven.

—Sí, decían, las hereda de su padre.

—Claro, como yo, exclama otro: mi abuelo era propietario, mi padre era propietario, y yo... también lo soy.

PÊLE-MÊLE.



LOS CUATRO VINTENES

(De «Cuentos»)

PEDRO subía la escalera apresurando cuanto le era posible el paso arrastrado y torpe, fija con poderosa atención la mirada de sus turbios ojos en los peldaños para evitar tropezones

que la falta de costumbre y el apresuramiento pudieran multiplicar; oprimía fuertemente entre sus manos temblorosas el frasco que le dieran en la botica al presentar la última receta del médico, temiendo que se le escapase y se hiciera pedazos, poco habituado como estaba a tratar con objetos frágiles. Tanto más grande era este temor cuanto que el precioso frasco contenía remedio para el *niño Alfredo*, para aquel enfermo que él quería muchísimo y que estaba ese día tan malo, tan malo... No obstante, Pedro tenía gran confianza en la eficacia de aquella medicina la había recetado el doctor, y el doctor no podía equivocarse ni recetar algo que no fuera para salvarlo.

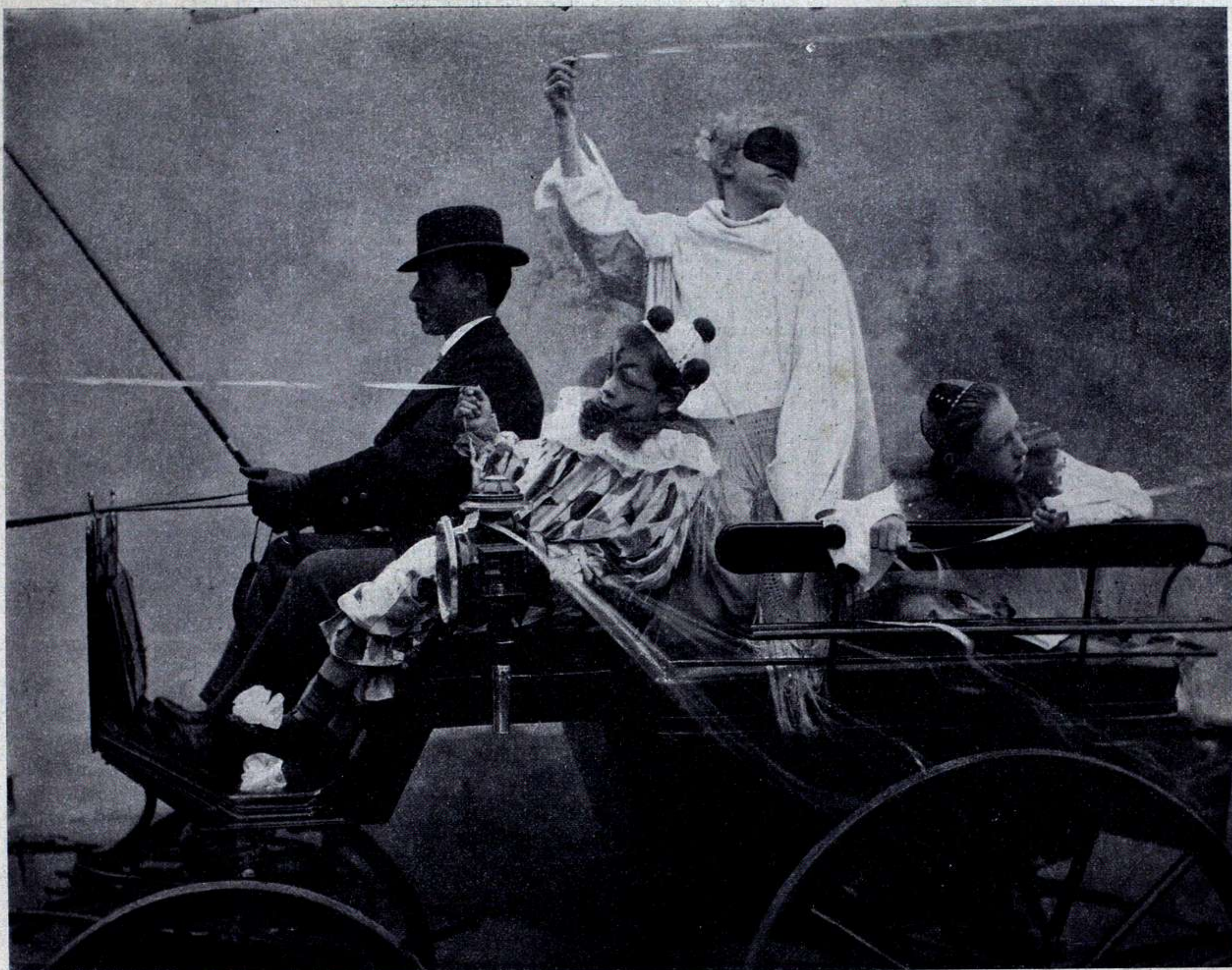
—¡La palabra del doctor vale dos duros!—repetía siempre;—¡dos duros!

Y con esto quería manifestar cuánto valía aquel hombre, cuya palabra era oro.

Pero, al llegar al final de la escalera, le desgarraron los oídos gritos agudísimos que salían del cuarto del enfermo, entre llantos y ruido de muchas pisadas, como si todos los de la casa corrieran de un lado a otro. Quedó un momento inmóvil, bañada la frente en frío

sudor, oprimiendo más aún el frasco entre sus negras manos temblorosas, mientras seguían los gritos y se multiplicaban los lamentos. Después, echó a correr y llegó a la pieza cuando un grupo de mujeres despeinadas, pálidas, bañadas en llanto, desesperadas, arrastrando entre todas a la madre, la sacaban de allí por una puerta lateral, que tras ellas se cerró.

El niño acababa de morir, al cambiarlo de cama, y allí estaba extendido, con los ojos muy abiertos, fijos en el techo, pero sin mirada ya; y Pedro, junto al lecho, le contemplaba atontado, embrutecido, con el viejo sombrero en una mano y el frasco en la otra todavía, moviendo estúpidamente la cabeza, cuyo lanudo pelo empezaba a blanquear, mientras en la pieza inmediata los lamentos y los gritos y los llantos vibraban sin cesar enviando al través del tabique la sensación de un desconsuelo infinito, de una desesperación inmensa, alternada con los sollozos y palabras de súplica que pronunciaban muchas voces a la vez, todas dolientes y llorosas.



EL CARNAVAL EN BUENOS AIRES — (De fotografía instantánea)

—¡Mamá, por Dios!....
—¡Mamá!
—¡Déjenme! ¡Quiero verlo!
—¡Mamá, cálmate, por Dios!
—¡Una sola vez, a mi hijito!
—¡Hazlo por nosotras!
—¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo! Hijo de mi alma!
¡Mi Alfredo!....

En la estancia mortuoria, el negro y el muerto seguían inmóviles, mirando aquél siempre los ojos muy abiertos del niño con la vidriosa mirada fija en el techo.

Pedro amaba dos cosas en el mundo: el vino, y..... á aquel niño que acababa de morir. El vino ocupaba quizá en su alma el lugar destinado á la pasión, y el niño, el reservado al sentimiento.

Era un negro de elevada estatura, á pesar del encogimiento permanente de las piernas, que arrastraban unos grandes zapatos muy viejos, y de su espalda arqueada, jibosa, que parecía conservar la curva que naturalmente adopta el cuerpo caído durante días enteros sobre los banquitos sin respaldo del despacho de bebidas del almacén.

Había visto nacer á Alfredo y le profesaba un gran cariño de esclavo. El muchacho hacía lo que quería de aquel gran negro, que, aun ebrio, ó alegre, según su expresión, gozábale en satisfacer sus caprichos.

Cuantas veces iba á aquella casa á lavar los pisos, lograba Alfredo hacerle repetir la historia de su único amor, una página del corazón que sólo á él leía Pedro.

Entonces, mediante la promesa de un vaso de vino para cuando terminase, *puro, bueno y rico!* como él decía con voz fuerte y áspera al beberlo, sonriendo con los ojos como un buen perro á quien se da un sabroso hueso, comenzaba la historia, tirándose la rala y lanuda barba que cubría mal su mandíbula inferior, interrumpiendo la relación con gran-

des pausas para encontrar la fórmula del pensamiento en su cerebro entorpecido, la que salía, al fin, como arrastrándose, mal expresada por la lengua gruesa y rebelde de borracho deseoso siempre de remojarla.

Contaba cómo había conocido aquella linda negrita en el *candombe*, esa fiesta de los negros hoy desaparecida y de que la nueva generación apenas conserva recuerdo, punto de reunión de toda la sociedad *de color* en sus tiempos; cómo había entablado conversación ofreciéndole un vaso de *chicha* de maíz que ella aceptó ruborosa; y luego la época del noviazgo.

¡Oh! ¡Entonces si que andaba él como la gente! Bien vestido, bien limpio y, eso si, siempre fresco; ya no bebía: el amor lo había regenerado.

Narraba, por fin, el término del idilio: la linda negrita abandonándole por un sargento *de la arti-*

llería y llevándose todos sus regalos, vestidos, pañoletas, piezas de percal.... ¡uf! ¡la mar!

¡Pero era muy linda la *bandida*! Y al recordar su belleza, concluí siempre con un suspiro y aquella frase indispensable, sin la cual no se concebía la historia ni la heroína, única flor de su lenguaje enrevesado y pobre:

—¡Ah! ¡No me hagan acordar de aquella voz tan melodiosa!

Entonces Alfredo, que sólo pedía la historia para oír esto, echábase á reír á carcajadas; porque, verdaderamente, saliendo de entre labios negros y caídos de Pedro, pronunciada con voz aguardentosa y fuerte, la frase provocaba inevitablemente la risa.

Ahora, Alfredo no reiría ya más: estaba por siempre mudo, y Pedro, de pie en el corredor, miraba aquel cuarto en que había agonizado.

La puerta abierta de par en par, como para que salieran por fin todos los suspiros, todos los sollozos, todos los dolores acumulados, dejaba en él entrar ampliamente el aire purificador de aquel dorado día de Otoño, que iba á sustituir al ambiente envenenado de aquella larga noche de agonía y tristeza. La luz lo inundaba, bañando la cama despojada ya de cubiertas y jergones, que aireaba impasible su esqueleto de hierro; en la pared, á la cabecera del lecho, una imagen de la Virgen, dulce guardiana del sueño de Alfredo, se había quedado sola contemplando aquella desnudez del cuarto arrasado, vacío de todos los objetos que presenciaran en la noche triste de la desgracia, la enfermedad y la muerte del niño.

Una gran mancha de sol se proyectaba en el suelo.

Pedro había entrado en esta pieza pocos días antes y aún estaba en ella el niño *Alfredo*, como él le llamaba, dándole aquel tratamiento de respeto cariñoso que se imponía á los antiguos esclavos. Ahora el niño ya no vivía; y esta idea, ocupando entero su entendimiento, muy limitado para abrigar esas reflexiones que son á la vez consuelo y dolor; esa sola idea, la misma siempre, le mortificaba como



MONTEVIDEO — VISITA AL ACORAZADO «GARIBALDI»

si le barrenase el cerebro, porque era la primera sensación de dolor continuada con igual intensidad, con la misma fuerza de la primer punzada.

—¡Qué lástima! Era ya un hombrecito!

El sacaba todas las edades tomando por punto de relación la fecha de la *Guerra Grande*, esa célebre lucha en que fué actor cuando joven, hecho este en que solía jactarse como de los demás de su carrera militar, ahora que sólo servía para lavar pisos.

—¡Yo pelé con don Frutos!—decía con orgullo, refiriéndose al general Rivera.

Y considerando la posterioridad del nacimiento del niño con relación a aquella fecha, sacaba la edad aproximada.

—¡Iba pa quince años! ¡Era ya un hombrecito!—volvió a repetir.

Pedro había estado cerca casi desde el comienzo de la enfermedad.

Llegaba un poco *alegre*, cuando el silencio de la casa le advirtió que algo ocurría; y cuando supo la causa, sintió una especie de remordimiento: no estaba bien que estuviera él *alegre* cuando el niño Alfredo sufría. Le dieron ese día cuatro *vintenes* y los guardó para tomar unas copas cuando sanase, jurando no hacerlo antes.

Alfredo estaba muy mal, de veras; Pedro pidió tímidamente permiso para verlo y se acercó con religioso respeto a la cama.

—¡Niño!—murmuró.

El enfermo no pareció verlo. Con los ojos muy abiertos, enormemente dilatados y sin mirada, hablaba y hablaba muchas cosas, horribles, alegres, de todo, obscurecida ya la inteligencia por el torbellino del delirio, dejando oír con la voz entrecortada un estertor traqueal fatigoso, continuo.

El negro sintió una inmensa tristeza al ver que no lo conocía, a él, al viejo Pedro, y salió en silencio; pero desde el corredor seguía oyendo la voz de Alfredo, entrecortada por la fatiga, que hablaba y hablaba siempre, hasta que la muerte lo hizo callar.

Y entonces, al verlo muerto, estirado en la cama, el pobre Pedro se acordó de aquellos cuatro *vintenes* que había guardado para *alegrarse* cuando sanara, y recogiendo con fuerza un violento sollozo de niño, dijo una sola palabra que condensaba todo su dolor silencioso, sin fórmula de expresión: —*¡Mal haiga!*...

—¡Lechuzas! murmuraba con gesto enfurruñado Pedro, mirando desde la puerta de la cocina las cinco ó seis mujeres, negras ó pardas casi todas, que a la noche habían caído allí sin saberse de dónde, y que cotorreaban y reían sentadas en grupo, al calor de las hornillas.

Esta reunión de mujeres descocadas é indiferentes, sirvientas de los vecinos é inquilinas del *conventillo* cercano, que aparecen sin que nadie las llame, como pájaros fúnebres, sentando sus reales en la cocina de las casas mortuorias, allí donde en medio del desorden de la desgracia, nadie puede incomodarlas, sublevaban al viejo negro, torturado siempre por la idea fija de la realidad sin esperanza, vacía y enlutada. La gente que estaba allá, en la salita de recibo, correcta, respetuosa, pase; pero éstas!...

Seguía recostado en la puerta y la luz daba de lleno en su negra cara de borracho filósofo, bañada con una expresión meditabunda por la mirada perdida de sus ojos llenos de agua, asomando bajo los párpados rugosos y blancos, que parecían pesar mucho sobre ellos. Sólo había despegado los labios gruesos y colgantes para decir aquella palabra.

Las otras no le oyeron, muy entretenidas en su conversación, sin preocuparse de nada, relatando chismes de vecindad, detalles de la vida íntima en las casas del barrio, todo ello propio para provocar carcajadas ahogadas y disputas de jolgorio. Habían ido allí á *ayudar* á la negra sirvienta, y no había quien se acercara á la sala para atender al más leve pedido de los que acudieran á acompañar en la hora triste á los dolientes. Pero el mate corría de mano en mano entre ellas, absorbido y vuelto á llenar inmediatamente, mientras los bizcochos robados en la alacena, y la leche y el chocolate se acababan, sin saciar aquella voracidad que parecía excitarse con la conversación.

La negra de la casa había sin duda conseguido apoderarse de alguna botella y estaba borracha, echada sobre la mesa, con los enredados pelos caídos en pequeñas motas sobre la frente lívida, y riendo mucho de todo cuanto se hablaba; por último, dió en hacerse la dormida y quedó olvidada en su rincón mascullando palabras incoherentes y confusas. Las otras, un momento ocupadas de ella, dijeron que aquello era delirio como el del *finadito*, que quizá se le había *pegado* la enfermedad, en tanto que Pedro, viéndola así, babosa, repugnante en su embriaguez, murmuraba, indignado, dos y tres veces:

—¡Sin vergüenza! Si supiera la señora!...

Y se alejaba á cada rato, á mirar desde la puerta de la sala enlutada la cara pálida del cadáver hundida en los almohadones, volviendo después sin pronunciar una palabra á recostarse en la puerta de la cocina; allí era donde, al mirar á las sirvientas charlar alegres y bulliciosas, despegaba los labios para murmurar con voz reconcentrada:

—¡Parece mentira!

Ellas advertieron, por fin, su mal humor, y fué éste otro motivo de jarana.

—¡Qué serio *que está* don Pedro!—dijo una, riendo.

—¿No quiere un matecito?—preguntó otra.

—Tome un bizcocho!...

Y las demás las acompañaron con gran bullicio; pero él, áspero y triste, rechazó todo murmurando siempre:

—¡Parece mentira! ¡Parece mentira!

Se olvidaba de aquellos velorios de campaña en que como el que más había jaraneado y bailado, escuchando gustoso el rasgueo de la guitarra mientras el porrón de ginebra recorría el círculo de los concurrentes entre el humo que despedían las velas de sebo y los cigarros envolviendo con su tufo el cadáver de *el angelito*, á veces descompuesto ya por dos ó tres noches de exposición, á pesar de los cuidados desplegados con él, teniéndolo durante el día en un cuarto fresco para prolongar con su presencia las divertidas veladas!

Olvidado de todo esto, ahora le parecía mentira que hubiese quien riera y pasara alegremente el rato, estando allí al lado el cuerpo de *el niño*, y seguía dejando resbalar de entre sus labios caídos aquellas mismas palabras de toda la noche:

—¡Parece mentira! ¡Parece mentira!

Finalmente, el cansancio fué disolviendo la tertulia. De las mujeres, unas quedaron dormidas allí, echadas sobre la mesa; las otras se marcharon, y por último, quedó Pedro solo, en la cocina, haciendo de cuando en cuando sus visitas á la sala tendida de negro, sumida en inmenso silencio, para mirar la cara pálida del muerto, sobre la que hacía resbalar sombras inquietas la oscilación de las temblorosas llamas de los blandones.

Al otro día, la larga columna de gente, toda vestida de negro, que seguía al féretro, salió de la casa trabajosamente, extendiéndose como una gigantesca serpiente en la acera bañada por el hermoso sol de otoño.

Pedro se encontraba junto á la puerta, en la vereda, más encorvado que de costumbre, con el sombrero en la mano.

Andadas algunas cuerdas á pie, se deshizo la fila de carrajes; oyéronse los golpes de las portezuelas al cerrarse; cada cual tomó asiento en el coche elegido, y se puso de nuevo en marcha el convoy.

Pedro siguió á pie el acompañamiento, cerca del carro fúnebre, que se bamboleaba agitando los plumeros blancos; detrás los coches extendían en larga fila, sus relucientes techos heridos por el sol.

El negro, cada vez más encorvado, seguía el larguísimo camino marchando siempre detrás del carro fúnebre, con la cabeza inclinada, fija la mirada de sus ojos llenos de agua en el suelo, arrastrando los pies incansables cual si fueran de hierro sus piernas encogidas, arqueada la espalda que bañaba el sol al quemar su traje, tan roto y raído que parecía verdoso.

En los coches muchos reían, conversando tal vez de cosas agradables, mientras se empañaba el ambiente puro con el humo de cien cigarros fumados con íntima satisfacción.

Pedro seguía caminando con paso igual cerca del carro fúnebre. En la puerta de un almacén se hallaban varios de sus amigos entretenidos en ver pasar el entierro; él no los miró ni detuvo su paso; pero pensó involuntariamente en aquellos cuatro *vintenes* que llevaba aún en el bolsillo y que había destinado para tomar unas copas cuando Alfredo sanase.

Finalmente, llegaron al cementerio, siguiendo él siempre de cerca el féretro hasta que desapareció en la obscura boca del nicho; después, cuando los coches se hubieron deseminado conduciendo á los acompañantes, Pedro permaneció un momento en la puerta del cementerio, mirando tal vez el carro fúnebre que se bamboleaba allá en lo alto de la calle Yaguaron, destacándose con limpieza sus contornos negros sobre el blanco cielo luminoso de aquella gran tarde de otoño.

Luego se puso de nuevo en marcha.

Al pasar frente al almacén en la puerta del cual se encontraban aún sus amigos, oyó que uno le gritaba con voz insolente y chillona, voz de negro:

—¡Eh! venga, compadre; acompañe unas copas.

—No,—respondió con voz insegura, sin mirar;—voy muy apurado.

—Hágame caso, amigo Pedro. ¡Qué diablo!

—No, amigo; otro día, otro día será,—murmuró oprimiendo en el bolsillo los cuatro *vintenes*.

Y huyó más bien que se alejó, evitando la tentación del vicio que lo solicitaba vehementemente.

Anduvo así con la obstinada rectitud de un sonámbulo hasta que, lejos ya de los amigos, se detuvo ante una pequeña tienda, indeciso, animándose á sí mismo á entrar, sin duda; luego miró el misero escaparate un rato, moviendo la cabeza de arriba abajo, como quien confirma una resolución, y decidióse, por fin, sin violencia, indiferente, lleno de una opaca pasividad de viejo fatalista.

Probablemente no era casual su llegada á aquel tenduchito: pues al entrar iba mascullando con acento casi irónico unas pocas palabras, en sus labios bien amargas:

—Sí, *pa* cuando sanase!... ¡Sí!

Entre tanto el cielo palidecía más cada vez, y

ya sólo el occidente estaba rojo como lecho de ascuas.

Pedro salió luego de la tienda apretando algo en el ruin bolsillo, como temeroso de que se lo descubrieran, y echó á andar con aquel su paso siempre igual y monótono, arrastrando los pies.

Cuando llegó á su cuarto, un pequeño cuarto de madera en el rincón húmedo del gran patio de un *conventillo*, en que muchas mujeres sacaban la ropa puesta á secar en cuerdas tendidas de un lado á otro, era casi de noche.

Y allí, solo, en la sombra, cuando se apagaba en la agonía de la tarde el último rayo de sol, sacó de su bolsillo un pañuelo, un pañuelo con guarda negra, de luto, de los que él no tenía, un pequeño pañuelo ordinario, de á cuatro *vintenes*, y cubriéndose con él el rostro estalló en sollozos.

ARTURO JIMÉNEZ PASTOR.



POETAS DE ACTUALIDAD



Los poetas han perdido el crédito como vates, y su voz clama en el desierto. Sólo en los periódicos lee el público sus estrofas; el sonsonete halaga el oído unos instantes, y no hay quien vuelva á acordarse de los versos, ni del autor.

Como natural corolario, los rimadores se fatigan al comprender que el dinero huye de las Musas, que les queda por única aspiración la gloria y que á la gloria nadie la toma en serio.

En Francia, algunos líricos de tanto fuste como Copée y Richepin siguen la profesión de cuentistas. En Italia, Arrigo Boito y Ghirlanzoni se dedican á hilvanar libretos de ópera. Los españoles suelen ser más holgazanes, y se limitan... á no escribir.

Alguna vez hay, sin embargo, excepciones. Testigo: *Dolores*, de Balart.

La prensa obedece al público; el público pide cada día un asunto que comentar, y los diarios tienen que dárselo. Pasa una temporada sin guerras, sin alianzas europeas, sin viajes de reyes, sin crisis políticas, sin crímenes anarquistas... Hay que hablar de algo. Un poeta sirve para el apuro. Se le jalea un poco... y hasta otra.

De aquí que los periódicos italianos hayan llenado estos días algunas columnas con versos de Carducci.

¡La conversión de Carducci! He aquí un tema. El ilustre é implacable enemigo de Manzoni ha vuelto á la fe, ha llegado al puerto. De Núñez de Arce dijimos todos los gacetilleros literarios algo muy parecido cuando publicó *Poemas cortos*.

Sin negar importancia á las ideas de don Gaspar, el caso del autor de *Odas bárbaras* es más interesante. Una cosa son las vacilaciones momentáneas de *La duda* y *Tristeza*, y otra muy diferente la negación demoledora del *Himno á Salads*.

La flamante poesía de Carducci se titula *La iglesia de Polenta*, y viene á ser como una refutación de *El castillo de Polenta*, de Stechetti.

El toque del *Ave María* ha conmovido al gran cincelador del verso en la Italia contemporánea:

¡Ave María! Por los aires vuela
el místico saludo. Los humildes
descúbrense; también bajan la frente
Dante y Aroldo

Una lenta, inefable melodía
pasa invisible de la tierra al cielo.
¡Espíritus que son, fueron ó acaso
vengan mañana?

Como un olvido dulce de la vida
como un penoso suspirar tranquilo,
como un desecho de llorar suave
llena las almas

Las fieras y los hombres y las cosas,
todo calla. La luz en el ocaso
esfuma las montañas que repiten:
Ave María.

He aquí las estrofas que están ahora de moda en Italia, y que para nosotros ha traducido en tan elegantes versos Jurado de la Parra. Las leemos, y no volveremos probablemente á pensar en ellas. Sin embargo, los críticos del porvenir quizá dedican capítulos y más capítulos á la conversión de Carducci, y no tendrán la más leve noticia de tantos otros asuntos que hoy se nos antojan de excepcional transcendencia.

**

Lo que seguramente no preocupará á los Taine y los Menéndez Pelayo futuros, será *La mort de Hoche*, drama de Deroulede. También los diarios franceses le han obsequiado con un diluvio de artículos. Para Jules Delafosse es un triunfo del verso

en la escena. Para Catulle Mendes, nunca se escribió mayor disparate.

Dicen que este Hoche es un general Boulanger. ¿Y quién no ha olvidado ya a Boulanger?

* *

Y para terminar esta revista de «poetas de actualidad», son de rigor algunas líneas acerca de Gabriel d'Annunzio, tan llevado y traído también por la prensa recientemente.

Después de tantas aventuras extraordinarias y de tamaños reclamos y lances peregrinos, D'Annunzio se ha vuelto hombre práctico y se ha lanzado a la vida política, presentándose candidato a diputado.

Unos le tildaban de antisocialista, otros de conservador.... Faltaba a D'Annunzio un placer nuevo: el de la *interview*. Y no estaba de Dios que siguiera faltándole.

—¿Qué política es la de usted?—preguntan al poeta.

—Ninguna—contesta el interpelado.—Quiero ser el diputado por la belleza.

Y D'Annunzio reúne sus rústicos electores y les pronuncia un discurso con citas de Platón, Hesíodo y Virgilio, desarrollando sus teorías estéticas y confiándoles sus anhelos artísticos.

Y los electores, que no le entienden, le aplauden y le votan.

En la cámara le entenderán, sin duda; pero, ¿amansará a las fieras, la lira de Orfeo?

RICARDO J. CATARINEU.



LOS TRABAJADORES DEL MAR

COLABORACIÓN

Al Capitán de Marina don Mariano F. Beascochea.



DESDE el centro del Golfo San Jorge, a los 46° de latitud, hasta el Puerto Madryn en la Bahía Nueva, y después hasta el seno de la Bahía San José, el viajero, salvando algunos promontorios, pasando sobre médanos de arena que camina impelida por el viento hacia el mar que la reclama con indómita lujuria, ó bien pasando al pie de los altos muros terciarios de la costa—marchará siempre, en la hora del reflujo de las aguas turbulentas del Océano, sobre un manto de cascajo rodado, de guijos, parciales desprendimientos de entrañas geológicas distintas, que ostentan todos los colores.

Manto inmenso que se manifiesta en todas partes, cubriendo la mayor extensión de las planicies y que desde las cumbres más prominentes se derrama en ruidosas avalanchas que, atraídas después por las aguas lentamente, se deslizan por la inclinación natural del terreno para señalar más tarde, en las playas marinas, el vaivén de las olas que implacables las sepultan en el fondo del mar, que, en el capricho de sus furias, las arroja en todas partes donde encuentra un límite a su dominio turbulento.

La constitución petrográfica de esos cuerpos rodados, en general pórfiros y, silicatos diversos, acusa de una manera incontestable el lugar de donde proceden: ó son fragmentos de altas montañas que existieron en días pasados ó pertenecen a elevaciones actuales del suelo que se disgrega a nuestra vista.

Ese manto inmenso de piedras cubre la mayor extensión de la Patagonia, y, según la opinión eminente de Darwin, constituye la capa más considerable de cascajo que existe en todo el mundo: «Reunidas todas esas piedras, dice el mismo autor, podría levantarse una gran cadena de montañas».

No queda duda, pues, de que la superficie del terreno argentino se nivela, que la Cordillera Andina y sus innumerables ramificaciones pierden por momentos la rigidez de su altura y de que el mar tiende a retirarse de la tierra.

Pero, así como las montañas bajan, el levantamiento paulatino y constante de estas costas es un hecho perfectamente averiguado que no puede escapar a la mirada del hombre menos observador.

En todo el litoral se ven distintamente escalonadas las fajas del terreno abandonado hace poco por las aguas, y a ocho ó diez millas de la costa se encuentran grandes depresiones en forma de

lagunas, que fueron ocupadas por el mar, y en las que se hallan esqueletos enteros y bien conservados de ballenas, delfines, peces, y algunos de las mismas especies de moluscos que viven en las costas.

Y este descenso del mar es tan palpable que un buque, el pailebot *Unión*, que se perdió hace pocos años, a dos millas al norte de la desembocadura del río Chubut, se encuentra hoy a ocho pies sobre el nivel normal del agua en las mayores mareas, y a mayor distancia de su límite actual.

Después de la playa, parte integrante del fondo del mar, vienen los arrecifes, criaderos inmensos de moluscos exquisitos y roquerías, donde viven y procrean los lobos de dos especies, el león marino, *otaria jubata* y el lobo de dos pelos, *otaria Falcklandica*, cuya piel es de tan elevado precio en el comercio.

Sobre estos, se levanta en dunas y colinas, mesetas y promontorios de todas formas, esa estratificación gigantesca sobre la que descansa en su mayor extensión el territorio argentino.

Esta formación, que marca uno de los interregnos más extensos de nuestro continente, se constituye por capas superpuestas de arena, arcillas, margas de diversos colores, yeso cristalizado mezclado con nódulos de calcedonia y cristalizaciones de feldespato y mantos calcáreos, conteniendo en perfecto estado esqueletos de grandes cetáceos, peces y moluscos de diversas especies, restos hacinados en conjuntos monstruosos de animales de todas formas y tamaños, que vivieron y fueron depositados metódicamente unos sobre otros, de una manera lenta pero fatal, en un espacio incalculable, probablemente de miles de años, y esta formación llega hasta casi la cordillera, siguiendo la curva de los ríos que derraman sus aguas en el Atlántico.

El carácter curiosísimo de este depósito marino, cuya descripción, edad y origen geológico han sido tan debatidos, es el que ha dado motivo a la formación de la Bahía Nueva, en donde la República tiene, por su situación, extensión y profundidad, el mejor de sus puertos naturales de seguridad, porque allí, en aquella fuente gigantesca pueden evolucionar libremente todas las escuadras del mundo.

Lo constituyen, por el norte y el este, la costa acantilada de la península Valdez, maravilla territorial de la República Argentina.

Por el poniente, la costa firme en donde está el fondo de la Bahía, que por el gran desnivel de las aguas durante la alta y baja marea facilitaría la construcción y aprovechamiento de diques, depósitos de carbón y otras construcciones.

Al sudeste, está Punta Ninfas, con aguadas de vertientes, que forma un lado de la entrada de la Bahía, y tanto allí como en el otro lado de la boca, la disposición del terreno se presta sin grandes movimientos de tierra ni de costosas construcciones a la instalación de baterías rasantes a fuegos cruzados con cañones de diversos calibres.

La península Valdez cuya extensión superficial puede apreciarse en 200 leguas, tiene buenos pastos, aguadas permanentes, una salina (cloruro de sodio puro) que produce quinientas mil fanegas de sal por año y una entrada pequeña.

Allí podrían mantenerse caballadas del ejército para el servicio de todas las guarniciones militares en la Patagonia, cría de mulas, hacienda vacuna y lanar para consumo de las tripulaciones de los buques de la escuadra.

De cuanto precede, deducimos cuán oportuna y práctica sería la instalación en este punto del Presidio Militar, no sólo por la seguridad que ofrece naturalmente, si que también por el trabajo provechoso que podrían ejercitar los penados en la extracción de sal, cuidado de las haciendas y en la salazón de carnes, pescado (14 especies) y preparación de conservas con destino a la escuadra.

Pero, volviendo al depósito marino que nos ocupa, agregaremos que también ha dado motivo a los Golfos de San José, San Jorge y de la Bahía del Engaño, en donde termina el río Chubut, a cuya margen prospera el pueblo de Rawson, capital del territorio de la Patagonia Central.

Ha sido en las diversas excursiones en que he llegado a la costa del mar desde el Golfo San Jorge hasta la península Valdez, investigando en las playas, arrecifes, barrancas y campos adyacentes, donde he recogido una parte de los objetos naturales y prehistóricos que distinguidos especialistas estudiaron con prolijo interés y oportunidad indudable.

Esa colección contiene los moluscos antiguos, de los bancos marinos fosilíferos de esta región, de los cuales uno de ellos, la *ostrea patagónica*, por sí sola, constituye masas compactas y enormes de más de 60 metros de altura, y algunos ejemplares del género *Turritella* y *Trochus* se han transformado en yeso cristalizado, sílice y espato de cal; los huesos de peces y dientes de tres especies de *squalos*, uno de los que debe de haber pertenecido a un tiburón gigantesco, están muy bien conservados.

He recogido, también, gran número de las especies de conchillas de moluscos actuales, crustáceos y animales radiados, que en todas las mareas arroja el Océano sobre las playas, los golfos y en toda la extensión de la costa.

En un frasco, con alcohol, tengo algunos moluscos y crustáceos de que me apoderé, conserván-

dolos aún vivos; entre ellos, una especie del género *Buccinum*, que cuando camina ostenta un tentáculo en forma de probóxima negra como todo el cuerpo del animal, color que forma contraste con el blanco calcáreo de su conchilla. La lapa (género *Venus*) de valvas blancas radiadas, que vive medio enterrada en la arena y que arroja cuando quiere, una espiral de agua como los hilos de una pequeña fuente; los patelles, que se encuentran fuertemente adheridos a la tosca de los arrecifes, al lado de las *actinias* ó *anémonas* de mar, precioso zoófito, que ostenta toda la belleza de una flor que, dotada de un sistema nervioso, ejerciera la facultad de abrir y cerrar sus pétalos a voluntad.

(Se concluirá).

LUIS JORGE FONTANA.



DE CHILE

LOS SENTIDOS INFERIORES

COMO LOS PRIMEROS GUÍAS Y EDUCADORES DEL HOMBRE



EN general, los sentidos, tienen muy mala fama. Se les inculpa de despertar nuestros apetitos viciosos y de desmoralizarnos. Ciertamente es que en algunos casos nos ponen en peligro moral y que frecuentemente tenemos que imponerles nuestra razón y voluntad para que no nos desvíen.

Pero, por otro lado, todos los sentidos son guías, no sólo muy útiles, sino hasta indispensables para la vida.

Antes de que se desarrolle la razón, los sentidos nos indican lo que tenemos que hacer para conservarnos, y, después de este desarrollo, la razón misma necesita de los sentidos, para que la ejecución de nuestros actos sea posible y se verifique con acierto.

No hablaré de los sentidos superiores, la vista y el oído; pues la experiencia nos demuestra de un modo bastante sensible, cuán desgraciados son los ciegos y los sordomudos, cuya vida se hace tan difícil. Voy, sí, a exponer el papel que tienen los sentidos inferiores, a saber, el tacto, el gusto y el olfato, a fin de que se vea que no los hemos recibido para seducirnos y ponernos en peligro moral, sino que, por lo contrario, nos son de suma utilidad y tan indispensables que, sin ellos, la vida sería muy difícil y hasta imposible, en razón de que estos sentidos nos indican lo que tenemos que hacer en cada caso y asimismo cómo hemos de ejecutar los actos que sirven para nuestra conservación.

Son frecuentes, como se sabe, la ceguera y la sordomudez, y sucede, también, que faltan al hombre el gusto y el olfato; pero no conocemos ningún caso en que a un hombre vivo le haya faltado el tacto; y este hecho se explica por la razón sencilla de que un ser humano, y, en general, un ser animado, no puede vivir sin este importante sentido. Si nace un niño privado del tacto, muere al nacer; y, a la inversa, luego que el niño tiene desarrollado este sentido, puede vivir, aunque le falten casi todos los demás.

Así sucedió, verbi gracia, a la niña Laura Bridgmann, nacida en los Estados Unidos de Norte América, ciega, sordomuda, casi sin olfato y con muy poco gusto; pero con tacto, el cual se desarrolló a un grado tal que es difícil imaginarlo. Esta niña llegó a ser muy hábil en varios trabajos manuales, tenía imaginación, y, por un método especial, aprendió, al fin, a leer y a comunicar sus pensamientos.

Nosotros, que estamos gozando de la función normal de todos los sentidos, no podemos formarnos idea de la noción que esta niña tendría del mundo; pero el caso es que fué educada por el doctor Howe, que aprendió, naturalmente, por métodos especiales y siempre con sumo interés, las muchas cosas que se le enseñaron, y que demostraba gran contento y cariño cuando había aprendido algo de nuevo.

Cuando nace el niño, lo primero que hace es respirar y gritar.

¿Por qué grita el niño al nacer? Varios filósofos han dado explicaciones, ninguna de las cuales me parece acertada.

Kant dice: «Los gritos que deja oír el niño cuando nace, no tienen el carácter de gemidos, sino de enojo y de ira; el niño no grita porque siente dolor sino porque se enoja, tal vez porque quiere moverse libremente, y, viendo luego que no es capaz para esto, siente una atadura, la falta de libertad».

Según Hegel, el niño, por medio de sus gritos, exige imperiosamente sus derechos, declarando así en el acto su naturaleza superior.

(1) Durante largo tiempo, la modestia de su autor no nos permitía publicar estas impresiones de viajero naturalista; hemos vencido, al fin, su injustificada resistencia y nos prometemos más trabajos de su pluma colorista y sencilla, rasgos a los que dejamos todo el encanto del trazo sentido sin pretensiones retóricas, brillantes toques de artista y *amateur* de todo lo estético, y precisos conceptos de hombre de ciencia y observación.

Y, según la opinión de Michelet, indican estos gritos el espanto del espíritu humano por su dependencia de las leyes naturales.

Una explicación muy distinta nos da la psicología actual. Así el afamado fisiólogo Kussmaul, de Estrasburgo, en su obra *Investigaciones sobre la vida psíquica del hombre recién nacido*, indica como principal causa la intensa sensación del frío que el niño experimenta cuando nace; y otro autor, Schwartz, en su *Investigación sobre los movimientos prematuros de respiración*, da más importancia a la sensación subjetiva que resulta de la falta de oxígeno en la sangre.

Hoy día ya no habrá fisiólogo alguno en el mundo que admita una de las explicaciones filosóficas mencionadas y que no atribuya más bien los gritos de recién nacido a alguna sensación desagradable o dolorosa.

Cuando en un día de verano nos paseamos por las bonitas playas de Viña del Mar, de Constitución o de Cartagena, oímos, desde lejos, los gritos de los niños y principalmente los de las niñas que están bañándose en el mar. ¿Por qué gritan cuando están tomando un baño frío? En algunos casos será tal vez la causa, el susto por la fuerza de las olas, o también la alegría; pero, por regla general, la causa es otra.

Es digno de notarse que, siempre que entramos en el agua o cuando de repente nos ponemos bajo una lluvia o ducha fría, hacemos involuntariamente una fuerte inspiración y propendemos a gritar; y, si el agua es muy fría, el impulso para estos actos involuntarios es tan intenso que nos cuesta mucho o nos es imposible reprimirlo, lo que generalmente sucede a los niños. Ello proviene de que la sensación de frío que nos produce el agua, está en una conexión tan íntima con el impulso de inspirar y de gritar que estos actos se producen, no sólo sin nuestra voluntad, sino aun contra ésta.

Ahora bien: ¿por qué se habrá formado este enlace entre la sensación del frío y el impulso para hacer una intensa inspiración y para gritar? ¿Acaso ofrece esta conexión causal y hereditaria alguna ventaja para la conservación de la vida? Si, y no sólo ofrece una ventaja, sino que forma una condición indispensable para poder vivir, y esto se nota luego en el niño al nacer. La sensación del frío le sirve al niño para que el aparato respiratorio se ponga en movimiento y principie el niño su respiración independiente.

Hasta el momento de nacer, el niño no tenía necesidad de respirar: por él y para él, respiraba su madre; pero desde el momento de la separación de la madre, tiene que respirar el niño por sí mismo; si no, muere. Una vez iniciada la respiración independiente, ésta continúa y se arregla según las necesidades de la sangre, que se expresan por sensaciones de falta de aire. Pero para iniciar la respiración, la sensación producida por la escasez de oxígeno en la sangre, es ayudada por la intensa sensación del frío, la cual también está en conexión causal con el mismo impulso de inspirar; y estas inspiraciones y expiraciones son tan violentas, que el niño grita.

Hay casos en los cuales la sensación del frío es insuficiente; entonces el médico o la matrona, por medio de palmadas que aplican al niño, le producen otra sensación dolorosa, para que grite y principie así a respirar. Si todo esto no tiene efecto, no hay esperanza de que el niño viva, y así sucede siempre en el caso en que le falta el tacto: es esta la razón por que no hay hombres vivos sin este sentido tan necesario.

Ya hemos visto que esta sensación de frío, en unión con la causada por falta de aire, indica al niño lo que ha de hacer para vivir y también cómo tiene que ejecutar el acto de la respiración, todo lo cual no podría saber aunque tuviera la inteligencia de un gran sabio.

El tacto es el único guía del niño cuando éste con su nacimiento va a entrar a la vida independiente; no hay necesidad de la intervención de la razón, la cual sin el tacto no le podría servir para nada.

Examinemos ahora otros actos importantes para la conservación de la vida individual.

Para poder vivir, el niño necesita tomar un alimento, tiene que mamar.

¿Cómo sabe el niño encontrar y tomar la fuente de su único alimento? El tacto y, en parte, el olfato, lo guían también en este acto. El mamar, que ejecuta el niño con toda destreza, es, sin embargo, una acción algo complicada. Para saber los movimientos que ella requiere, los músculos que hay que contraer al efecto, cómo tienen que

químico. En seguida, el tacto le indica también cómo ha de tragar la leche, y, al fin, le avisa cuando se ha verificado este acto. Y todo esto se arregla sin ninguna reflexión, para la cual el niño es incapaz todavía. Un niño al cual le faltara el tacto por completo no podría chupar, ni tragar, ni mamar y se moriría de hambre en pocos días, aun en la hipótesis de que pudiera respirar sin este sentido.

Tanto en los primeros días de la vida individual como durante toda ella, el tacto es un guía indispensable.

Si viviéramos sin tacto, fracasaríamos en cualquiera acción, por más sencilla que fuera: el acto de andar, por ejemplo. Primero, deberíamos fijarnos por medio de la vista si estamos en pie, sentados o acostados, lo cual el tacto nos indica continuamente, dándonos aviso de todo cambio de posición de cualquier parte de nuestro cuerpo; visto ya que estuviéramos en pie, tendríamos que pensar cómo adelantar el cuerpo sin perder el equilibrio; levantaríamos un pie, sin haber recibido aviso de esto por el tacto y el sentido muscular, y tendríamos que cerciorarnos por medio de la vista si en realidad el pie está levantado o no; lo pondríamos algo más adelante sin saber cuando tocábamos el piso con él, a no ser que por un examen visual nos cercioráramos también de la nueva posición; y salvo el caso de que por casualidad hubiéramos ejecutado todo esto muy bien, perderíamos el equilibrio y caeríamos sin recibir aviso de este acontecimiento, sino por la vista y tal vez por el oído. Fijémonos en el acto de comer sólo un pedazo de pan, tendríamos que tomarlo, pero esto ya no sería tan fácil, nos sería necesario ver si en realidad lo teníamos asido firmemente; si no, el pan caería; y habiéndolo asido, ¿cómo llevarlo a la boca? puesto que no podríamos ver bien si llega a ella, a las narices, a las mejillas o tal vez a una oreja? No recibiríamos ningún aviso de cuando llegara a los dientes, ni de que hubiéramos cortado un pedacito con ellos, ni sabríamos en qué parte de la boca se encontraría. El masticar y el tragar el pan, estos actos invisibles para nosotros mismos, serían absolutamente imposibles sin tacto.

Pero este sentido nos da cuenta de todo lo que sucede y de todo lo que tiene que suceder al respecto: nos avisa cuando estamos tocando el pan con la mano, cuando lo tenemos firme entre los dedos, cuando llega a la boca y cuando hemos cortado un pedacito; nos advierte en qué parte de la boca se queda y cómo tenemos que moverlo con la lengua para que llegue a las muelas; nos indica cuando está masticado lo bastante y cómo tenemos que tragarlo; y nos noticia, en fin, luego que se ha verificado este acto y que se ha verificado bien, sin que haya tal vez caído el pan a los bronquios y llegado a los pulmones y no al estómago.

A un jinete le avisa el tacto cuando está bien sentado en la silla, cuando está en equilibrio, cuando tiene firme la brida y cuando los pies están bien en los estribos.

Al escribir, el tacto nos avisa cuando tocamos el mango

de la pluma, cuando lo tenemos firme en la mano y de qué modo, y nos advierte también cuando la pluma está en contacto con el papel.

Y así nos guía el tacto en todos los actos físicos y siempre nos da cuenta de lo que ha sucedido, avisándonos en cada momento qué posiciones tienen las distintas partes del cuerpo y qué cambios se han verificado en éstas.

No seríamos capaces para ningún trabajo físico sin el auxilio del tacto.

Por medio de la razón podemos, si, determinar, y por medio de la voluntad, intentar los actos; pero sin los sentidos y principalmente sin el tacto, no sería posible la ejecución de ellos.

Un papel tal vez no menos importante para la



BELLAS ARTES — ASTURIANAS — Cuadro de C. Plasencia

seguirse estas contracciones, y en qué grado hay que innervar los músculos de la boca en cada momento, necesitamos nacer un análisis científico-fisiológico muy profundo, y todavía con estudios más extensos no llegamos a saberlo bien; y, si tuviéramos que ejecutar el acto de chupar sin tacto y sólo con el auxilio de nuestros conocimientos fisiológicos, resultaría aquél muy imperfecto o habría un fracaso completo. Pero el tacto indica al niño cómo tomar las mamas, cuando las tiene entre los labios; cómo ha de mover la lengua y otras partes de la boca y cuando tiene leche en ésta; y el gusto le advierte si este alimento es bueno o malo, y con mayor exactitud que la que podría darle el más riguroso análisis

vida del hombre y de los animales tienen el gusto y el olfato. Son estos sentidos los guías más seguros para indicarnos lo que tenemos que comer y las sustancias que podrían ponernos en peligro. Si tuviéramos que determinar las cualidades de las cosas por análisis químicos para conocer las que nos sirven de alimento, estaríamos bastante embarazados, porque, aparte de que no sería posible que hubiera al lado de cada individuo un químico competente, sería también difícil verificar los análisis correspondientes, sin contar con que este guía científico no es del todo seguro en la generalidad de los casos.

Pero el gusto y el olfato sí que nos indican perfectamente lo que nos conviene tomar y lo que nos es dañoso.

Tenemos una organización tal que, por regla general, las sustancias que nos sirven de alimento poseen un olor y un gusto agradables, mientras que las malas y peligrosas causan sensaciones de asco. Las primeras sensaciones producen impulsos atractivos para tomar las cosas; las últimas, por lo contrario, producen impulsos repulsivos, para arrojarlas; y así el gusto y el olfato nos indican las sustancias que nos convienen y lo que tenemos que hacer para alimentarnos. Nos auxilia asimismo el tacto indicándonos cómo hemos de tomar los alimentos.

niño, que naturalmente quiere evitar estos fracasos y castigos, poco a poco aprende a andar bien sin auxilio ajeno, siendo de advertir que de esta manera, por sus propios ensayos, lo aprende mucho mejor que con el continuo auxilio de sus padres o sirvientes, perturbador de los impulsos e innervaciones necesarias en los músculos.

Un jinete o un ciclista que no hace caso de las advertencias del tacto cuando éste le indica que está perdiendo el equilibrio, se cae al suelo y recibe así su castigo.

El tacto permite a un niño sentir las sensaciones de dolor que experimenta cuando acerca demasiado su dedo a una llama, haciéndole observar más cuidado en lo sucesivo. Si un niño quiere manejar algún instrumento cortante, ignorando su uso, se hiere y experimenta dolor, y lo mismo acontece al hombre cuando maneja ese instrumento o cualquiera herramienta con torpeza.

Siempre que no se trate de peligro grave, conviene permitir al niño sus ensayos y esperar hasta que reciba su castigo natural, a fin de que adquiera el hábito de tener más cuidado en el porvenir.

Quien, cuando está transpirando, desprecia las sensaciones del frío que le causa una corriente de aire, se expone a sufrir después fuertes dolores reumáticos u otra enfermedad penosa; y el que no evita la humedad o los rayos del sol, cuando

ral, llamada también refleja y muy bien tratada por Herbert Spencer y Valentin Letelier, forma gran parte de nuestra educación completa.

Siempre que tratamos de aprender ejercicios gimnásticos o el manejo de cualquier herramienta, sea cortaplumas, aguja o martillo, hay fracasos y castigos naturales, y por ellos nos perfeccionamos paulatinamente.

Y esta educación es tanto más eficaz cuanto que no valen en su contra ni las consideraciones, ni las excusas, ni el perdón. Por las leyes naturales, cuando hay faltas, vienen los castigos inevitables y en cada caso, correspondientes al delito. Y así debiera suceder en toda educación cuya eficacia se ve siempre y desgraciadamente menguada por las consideraciones, las excusas y el perdón.

No dejaré de mencionar todavía una sensación muy educadora, principalmente para los niños regalones: es el hambre.

El hambre es el que aumenta el impulso para tomar algo y modifica de tal manera las sensaciones del gusto, que llega a hacer agradables, sustancias que sin hambre nos repugnan. Se sabe cuán frecuente es que un niño no quiere tomar sopa o carne y si sólo dulces o frutas. Para acostumbrarlo a cualquier alimento, en términos de que lo tome después con sumo agrado y tal vez con

BUENOS AIRES — MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES



LA SOPA DE LOS POBRES — Cuadro de costumbres venecianas, de R. Giudici

De la regla indicada y relativa a la correspondencia existente entre la utilidad y la sensación, son excepciones las sustancias químicas que la humanidad conoce y produce sólo ha poco y que no han tenido ningún influjo sobre la formación de esta correspondencia; así es que ciertos venenos artificiales no tienen ni mal olor ni mal gusto. Además, no reza la regla con ciertas enfermedades y en casos de organización anormal. Advuértese, asimismo, que hay sustancias naturales tan venenosas que casi siempre causan la muerte y que tampoco han podido tener grande influjo sobre la formación de nuestro gusto; por esto no están sujetas a la regla.

Pero si, por ejemplo, queremos cerciorarnos de si una carne o unos huevos están buenos, el mejor análisis en tal caso queda siempre encomendado a las narices y a la lengua.

Los sentidos inferiores, tacto, gusto y olfato, además de indicarnos lo que tenemos que hacer para vivir, nos causan sensaciones desagradables y dolorosas siempre que despreciamos sus advertencias, y, castigándonos en los casos de inobediencia o de torpeza, nos sirven de educadores.

El niño que quiere levantarse y principiar a andar, cada vez que lo hace mal, se cae al suelo y recibe el castigo en forma de cierto dolor; y así el

el tacto le advierte que hay peligro, experimentará dolores y enfermedades; y lo mismo acontece cuando uno se cansa extraordinariamente en un trabajo, o usa demasiada fuerza en un ejercicio físico sin tomar en cuenta los avisos del peligro, recibidos por medio del tacto.

Efectos semejantes producen el gusto y el olfato.

Si la carne está mala y no sirve para alimento, el olfato y el gusto nos advierten el peligro por sensaciones desagradables; y si despreciamos este aviso, algún malestar, o vómitos, y tal vez una grave enfermedad, o la muerte, serán el resultado de nuestra imprudencia.

Es la mala organización de los individuos lo que produce su extirpación, dejando sólo en la naturaleza lo relativamente más perfecto; así, el famoso Darwin, formulando la ley de la selección natural, nos ha explicado el perfeccionamiento continuo de los seres vivos.

Este perfeccionamiento, por la selección natural es también una especie de educación, pero indirecta, que supone un largo transcurso de tiempo, a diferencia de la educación por los sentidos inferiores, que es directa y a consecuencia de la cual aprendemos, principalmente en la niñez, muchísimas cosas con brevedad. Esta educación natu-

preferencia a otro, no le sirven de seguro reflexiones y discursos morales, sino un medio más eficaz, el hambre, poderoso educador también para el hombre, puesto que le enseña a trabajar y a cumplir con sus deberes.

JORGE ENRIQUE SCHNEIDER.



CANTO ANTIGUO

(INÉDITO)

Fué una noche alegre de fiesta y de risas,
el triunfo del baile poblaba el salón;
pálidas Julietas, bellas Heloísas,
fugaces, danzaban, de la orquesta al son.
Ponia en los rostros sus suaves carmines
de los candelabros la llama vivaz;
gemían las cuerdas de los bandolines;
un viejo maestro marcaba el compás.

Lucen las hermosas bajo sus encajes la albuza de nieve de su seno en flor; crugían las sedas de todos los trajes, volaban ardientes palabras de amor.

Cuando sus matices de perla y diamante la luz con su beso quiebra en el cristal, parece la sala, lujosa y radiante, envuelta en el iris de un astro ideal.

Con su gracia amable que a la gracia humilla, preside la fiesta la novia gentil, y un recuerdo arranca la alegre cuadrilla al viejo maestro que está en el atril.

La niña adorable de los labios rojos con su caballero baila un rigodón; ella le sonríe con sus lindos ojos, él la dice frases de tierna pasión.

Hechizaba el cuadro, provocando asombros, el divino y mágico pincel de la luz; y sobre el desnudo de los blancos hombros caía copiosa la lluvia del tul.

Fué en antigua sala de regio ornamento, trasunto del arte del tiempo feudal, con sus viejas telas del Renacimiento y con sus ventanas de forma ojival.

En un fondo pálido de cielo de seda que la misteriosa penumbra envolvió el perfil emerge de un busto de Leda que en bloque eucarístico Tremin modeló.

Un Apolo muestra la olímpica frente de blanco Carrara sobre un pedestal, y en grupo escultórico de Pharos luciente ostentan las Gracias su curva triunfal.

Hay rojos tapices en los cortinados; los frescos trazara famoso pincel; las telas de Persia, los finos brocados recaman la púrpura del regio dosel.

Invaden la sala de triunfos galantes divinos aromas de nardo y jazmín; derrochan los labios las frases fragantes; sus notas gorjea la voz del violín.

Recordó los tiempos de dichas mejores en que a alguna tierna pálida Leonor el laúd dijera de los trovadores en noche de luna su canto de amor.

Gimieron las violas una polonesa, los ecos morían del dulce minué; y, llena mi alma de vaga tristeza, para el canto antiguo la lira pulsé.

HORACIO F. RODRÍGUEZ
(*Rey Lear*).

Santa Fe.



LA RELIGION DE GONZALO



¿Qué tal tu marido? — preguntó Rosalia a su amiga de la niñez Beatriz Córdoba, aprovechando el momento de intimidad y confianza que crea entre dos personas la atmósfera común, tibia de alientos y saturada de ligeros perfumes, de una berlina bien cerrada, bien acolchada, rodando por las desiertas calles del Retiro, a las once de una espléndida y glacial mañana de Diciembre.

— ¿Mi marido? — contestó Beatriz marcando sorpresa, porque creía que su completa felicidad debía leerse en la cara. — ¿Mi marido? ¿No me ves? ¡Otro así!... Por la de nadie cambiaría yo mi suerte....

Rosalía hizo un gestillo, el mohín de instinto malévolo con que los mejores amigos acogen la exhibición de la ajena dicha, y murmuró impaciente:

— Mira, yo no te pregunto de interioridades.... No soy tan indiscreta. Me refería a las ideas religiosas.... ¿No te acuerdas? ¡Gonzalo era.... así.... de la cascara amarga, vamos!

Beatriz guardó silencio algunos instantes; y después, como si se resolviese a completas revelaciones, de esas que hacemos más por oírnos a nosotros mismos que porque un amigo las escuche, se volvió hacia su compañera de encierro, y alzando el velito a la altura de la nariz para emitir libremente la voz, habló vivamente:

— ¡La irreligiosidad de Gonzalo! ¿Y si te dijese que por ella estuvimos a punto de no casarnos nunca? La pura verdad. Tú ya sabes que Gonzalo es mi primo, y mi familia y la suya siempre soñaron con hacer la boda, hasta que la mala reputación de Gonzalo en materias religiosas desbarató por completo el proyecto. Bien conociste a la pobre mamá, y no extrañarás si te digo que llegó al extremo de cerrarle la puerta a Gonzalo a piedra y lodo; vino diez veces lo menos, ¡y siempre habíamos salido! «Reconozco, decía mamá, que mi sobrino es muy simpático, que ha recibido una educación escogida, que posee una ilustración más que mediana; no puedo negar su hermosa figura, ni su clara inteligencia, ni su caballerosidad; tiene mi sangre, no le faltan bienes de fortuna.... pero me horroriza pensar que no cree en nada, y ni se toma el trabajo de

disimularlo. Malo es padecer desvarios del alma, y peor no ocultarlos siquiera.» Al escuchar estas cosas, yo salía a la defensa de Gonzalo; no me era posible dejar de quererle.... un poco.... es decir, ¡mucho! Francamente, le seguía queriendo, incapaz de olvidar los tiempos en que le consideraba mi novio. Mamá notó de qué pie cojeaba su hija, y, para desimpresionarme, arregló mis bodas con Leoncio Díaz Saravia, el que ahora es subsecretario de Gobernación; era muchacho de valía y se le presentaba un porvenir brillante; pero, así y todo, yo no estaba entusiasmada: a lo sumo, me resignaba, sin frío ni calor, al casamiento. ¡Somos tan raros! Lo único que me prestaba cierta tranquilidad, lo que me prestaba fuerzas cuando sentía sobre mí el peso abrumador de una tristeza involuntaria, era la voz que corría de que Gonzalo no quería amores, de que había resuelto no casarse jamás. «Eso lo hace por mí, por mi recuerdo», pensaba yo; y al pensarlo, me consolaba.

— El que no se consuela.... — murmuró sonriendo Rosalia, mientras alisaba con repetidos pases la blanda y densa piel de su manguito.

— Un día.... no, una noche, porque estábamos en el teatro cuando nos enteramos.... cundió la noticia de que Gonzalo, en un café, la había emprendido a bofetadas con un sujeto, y que estaban desafiados; lance serio, en condiciones de las que ya no se estilan, a quedar uno sobre el terreno.... ¿Causa del conflicto? Voz unánime: «una mujer». El mismo Gonzalo lo confesaba, según decían los bien informados; tratábase de una señora, insultada delante de Gonzalo, y cuya defensa había tomado éste hiriendo el rostro del villano ofensor.... ¿Lo que yo sentí! En qué estado volví a casa! ¡Qué noche pasé, querida Rosalia! Es de lo que no puede pintarse.... Aparte del terror de que matasen a Gonzalo, otra cosa me encendía la sangre y me atirantaba los nervios....

— ¿Los celos? — preguntó Rosalia, con malicia gozosa.

— ¿Quién lo duda? Figúrate que se venían a tierra todas mis ilusiones. Que Gonzalo no me quisiese, pase, y era mucho pasar; pero que quisiese a otra tanto, hasta abofetear a la gente, hasta jugarse la vida.... Yo había estado soñando, por lo visto.... soñando como una necia! Mi novio de los primeros años, mi oculto anhelo de siempre, ni se ocupaba de mí; por otra iba a cruzar la espada, por otra a quien secretamente también prefería.... ¿Quién era aquella mujer? ¿De qué silabas se componían su nombre y su apellido? ¿Soltera? ¿Casada? Casada de seguro, cuando tal misterio la envolvía, que Gonzalo se negaba a nombrarla.... y yo daba vueltas en la cama, y la almohada se impregnaba de lágrimas calientes.... Entonces me parecía estúpida mi resignación inconcebible, absurda mi obediencia, absurda mi boda; y apenas amaneció, me fui derecho al dormitorio de mi madre y me abracé a ella en tal estado de aflicción y de trastorno, que la pobrecilla (bien recordarás que extremosa era en quererme) dijo así: «Pequeña, serénate.... Voy a ver que le ha sucedido al talabarte de mi sobrino.... Si está herido, te prometo cuidarle como su propia madre le cuidaría....»

Herido estaba en efecto, pero no de gravedad; su adversario si que sellevó una buena estocada, que a no resbalar en una costilla.... Así que Gonzalo pudo salir, y fué muy pronto, vino apresurado a dar las gracias a mamá. ¡Ay, Rosalia, ¡qué impresión! Noté que me miraba.... vamos.... como otras veces.... y a las primeras palabritas que deslizó, estando los dos en el hueco de una ventana que daba al jardín.... no lo pude remediar.... solté la pregunta terrible....

— ¿Esa mujer por quien te has batido....?

Se puso encarnadísimo, lo cual me pareció mala señal, y contestó muy confuso y medio riendo:

— ¡Mujer! Si. ¡Una mujer ha sido la causa....!

Hice un movimiento para separarme, para huir; ¡estaba furiosa, le hubiese pegado! y entonces él, con ese modo que tiene de decir las cosas que no hay remedio sino creerle, exclamó:

— Beatriz, no caviles.... A mí no me ha dado en qué pensar ninguna mujer sino una.... ¡que tú conoces mucho....! Ea, no te alteres, no pongas esa cara.... Si no te burlas, te enteraré.... el bárbaro a quien de una lección estaba injuriando....

— A quién? — pregunté con afán al ver que Gonzalo se separaba.

— A.... ¡a la Virgen María....!

— ¡A la Virgen María! — repetí yo atónita.

— Justamente.... Por mi honor, que es verdad....

Ya conozco que te parecerá raro.... Por eso no permití que se divulgase; más vale que se figuren otra cosa; así al menos no se reirán de mí.... no me llamarán Quijote....

— Pero tú.... Gonzalo.... tú.... Entonces, mamá, que dice que tú.... que tus creencias.... tartamudeé, temiendo asfixiarme de alegría.

— ¿Qué tienen que ver las creencias? — me replicó él casi con dureza. — La Virgen es una mujer.... y delante de quien tenga vergüenza y manos, a una mujer no se la ofende....

Rosalía callaba sorprendida; Beatriz, conmovida, afectaba mirar hacia fuera, a los árboles, despojados de hoja, finos como arborizaciones de ágata sobre el cielo puro.

— ¿Y después, sin más, os casasteis? — interrogó la amiga con picardía y sorna.

— Sin más — respondió con energía Beatriz. — Mamá dijo que Gonzalo, a su manera, tenía religión, tenía una fe.... el honor, ¿sabes? y que la Virgen haría lo que faltaba.... Y lo hizo, Rosalia.... Mi marido cuando yo voy a misa.... no se queda ya a la puerta.

EMILIA PARDO BAZAN.



POR FIESTAS Y TEATROS



oco nos ofrecen los teatros, y mucho las fiestas y diversiones veraniegas en pueblos y balnearios, pero éstas van en capítulo aparte, y tenemos que ceñirnos a breves notas de espectáculos, después de algunos ecos de lo más saliente de nuestras «fiestas de resonancia».

Entre éstas, la inauguración del Club Atlético Argentino dió motivo para distinguida y numerosa concurrencia y para animadas horas de diversión, a pesar del calor insoportable que a todos nos agobiaba. La Plaza Eúskara era el centro de reunión, y allí se celebraron divertidísimos torneos de agilidad, fuerza y destreza que realizaron los méritos de los más hábiles.

Como no asistió el señor presidente del Club Atlético Argentino, doctor Del Arca, abrió el acto el secretario, señor Pourteau, pronunciando un discurso muy oportuno: demostró, en él, la importancia del Club, haciendo notar los grandes beneficios que reportará, si es que se le presta la acogida y la coadyuvación que merece.

A este discurso contestó el ministro de Instrucción Pública, doctor Beláustegui, prometiendo la atención y apoyo de que es digna esta institución, en nombre del Poder Ejecutivo.

Después habló el senador señor Del Pino. Expresó, con otras palabras, las mismas ideas que el ministro, y felicitó luego efusivamente a los iniciadores y fundadores de este importante centro.

Concluido esto, comenzaron las diversiones, a las que dieron mayor encanto varias bandas de música.

Se efectuaron carreras en bicicleta, hubo partidos de pelota y se hicieron pruebas gimnásticas, primero; y después se verificó una lucha romana y varios asaltos de box y de esgrima.

Con tantos espectadores y con tan simpáticos y hábiles actores, como los que ejecutaron los ejercicios mencionados, la fiesta no podía menos de resultar muy animada y entretenida.

Y así resultó. La concurrencia salió de la Plaza Eúskara con la tristeza con que se deja un sitio donde se ha pasado un día muy agradable, y con el mayor buen deseo para el Club Atlético Argentino.

Terminamos con un voto de simpatía por esta nueva institución, cuya existencia y cuyo progreso serán duraderos, si a los primeros entusiastas siguen animados bríos de perseverante propaganda.

Se anunció y asistimos al ensayo verificado en el Politeama: la sesión era una verdadera «prueba de voces», que fué a la vez ensayo al piano de las partes primeras del *Mefistófele*, ópera con que probablemente se estrenará la compañía lírica italiana que se está organizando (que se habrá organizado ya al cerrar este número) para este teatro.

Fueron cuatro las cantantes que ensayaron: las señoras Amalia de Roma (Margarita), é Isabel Lezama (Marta), y los señores Bertoni (Fausto) y Cappa (Mefistófeles). Todos quedaron muy airosos, como podía esperarse de la buena impresión que ya habían producido en otra prueba anterior. Sin embargo, al tenor señor Bertoni pareció faltarle algo para dominar bien la parte de Fausto é interpretar debidamente sus bellezas vocales; por lo que sólo en la romanza del Epílogo logró hacerse aplaudir del auditorio, que era bastante numeroso y muy inteligente. El bajo señor Cappa se mostró capaz de hacer un buen protagonista. Pero quien sobrepujo la expectativa general fué la señora Amalia de Roma, por la relevante destreza con que maneja su bellísima voz, por su correcto estilo y por la riqueza de colorido y de expresión que prodigó en toda su parte, y señaladamente en el tercer acto ó de la prisión, en el que su aria primera, su dúo con el tenor, sobre todo en el *racconto*, y el espiritual adagio «punta l'aurora», le resultaron otros tantos modelos, en todos sentidos; es decir, así por la pureza del canto, como por su finísimo y rico matizado, lleno de penetrante y poética melancolía. A los unánimes aplausos que saludaron el trabajo de la señora de Roma, siguió luego, en los pasillos, un

coro de alabanzas á su exquisito arte, alabanzas que se hicieron extensivas á su personal belleza. La señora Lezama cantó asimismo correctamente su doble parte.

En resumen, un rato excelente para muchos oyentes, que permitió avanzar felices augurios para la compañía recién formada (según el modismo en boga entre nosotros).

— Es decir, que aquello fué... *La prova d'una ópera seria*.

— No, hombre; ese fué el nombre de *Campanone*, en un principio; pero tú has oído campanas y no sabes dónde.

— Pues tocaban á muerto.

— No, á gloria.

— ¡Lo veremos!

La reacción artística que muchos esperan, en nuestros teatros pequeños, no se inicia; el género grande, aunque viejo, volvía á tomar carta de naturaleza otra vez entre nosotros.... pero

papeles son papeles
y cartas son cartas....

y.... se dió nuevamente la bella opereta *Miss Helyet*, que es, sin duda, la obra mejor ejecutada y mejor presentada de cuantas ha puesto en escena la compañía de Angeles Montilla.

Hubo aplausos para todos, y muy especialmente para la protagonista.

Y.... nada más. Si, que se va la compañía al Rosario.

— ¡En guardia!

— Y ¿para qué?

Pues para *La guardia amarilla* que.... se dará uno de estos días: se la elogia, se la comenta; en Madrid dicen *esto*; aquí dicen lo otro y.... la verdad es que es esperada con verdadera impaciencia por cuantos viven *nocturnamente* la vida de «entre bastidores», muchos aficionados y no pocos ociosos que quieren novedades á diario.

Espera la empresa que sea la obra de la temporada, y esta esperanza la ha animado á invertir una porción de dinero en trajes y decoraciones.

Además, como suponíamos, la orquesta ha sido reforzada de manera que puedan ser apreciadas las bellezas que, se nos dice, encierra la música que ha escrito el maestro Jiménez.

Sólo se necesita, por consiguiente, que los artistas demuestren tan buena voluntad como la empresa y estudien de veras. De ellos depende, si la obra es tal como imaginamos, que se hunda en la primera noche ó que se eternice en los carteles; porque una ejecución descuidada ó insegura en la primera noche basta para desacreditar la obra más perfecta.

Digalo, si no, *El Domingo de Ramos*, y, como esa, otras muchas, que debieran figurar siempre en primera fila y que yacen en el más injustificado olvido.

En el Casino se estrenaron, con muy buen éxito, los instrumentistas Roux, gustando, especialmente, en los aires de caza, que constituyen una interesante novedad musical.

Estos y otros atractivos han llevado al beneficio de las hermanas Sotorra, las graciosas bailarinas andaluzas, mucho público de buen humor; es decir, la *élite* de los despreocupados «señores graves», que olvidan sus cosas y sus aventuras juveniles codeándose con la más animosa de la grey masculina de naciente barba y crecidas ilusiones.

De novedades hay poco, aunque se anuncia, y se comenta, si viene ó no viene Mario, si Ciachi trae esto ó lo otro, de todo lo cual resulta que las únicas novedades teatrales que tendremos este año, serán la espléndida compañía lírica de la Opera y la gran compañía dramática italiana de que forma parte la eminente Teresa Mariani y que actuará en el San Martín.

Por telegrama que ha recibido la viuda de Ferrar, de su representante en Milán, sabemos detalles de esta compañía que actuará en el teatro de la Opera en la próxima temporada lírica: ha quedado completa y definitivamente formada con la escrituración de la soprano ligera Luisa Tetrassini y del bajo De Grazia, ventajosamente conocido ya aquí, y que vendrá en vez de Navarrini, á quien no ha sido posible escriturar por inconvenientes de última hora.

Quiere decir, pues, que la compañía queda constituida, en sus primeras partes, por las sopranos, Ehrenstein, Mendioroz y Tetrassini; contraltos, Guerrini y Berlandi; tenores, Tamagno y Cremonini; baritonos, Sammarco y Ghiraldoni; bajos, Ercolani y De Grazia.

También recibió dicha empresaria una carta del editor Ricordi, comunicándole que, no estando aún terminadas las óperas *Tosca*, del maestro Puccini, é *Iris*, del maestro Mascagni, no le es posible proporcionárselas por este año; pero que le reserva la preferencia, para cederla el derecho de primera, en cuanto estén prontas.

RENÉ.

UN AMERICANO ILUSTRE

DON AGUSTIN EDWARDS



Despedimos con ternura al huésped delicado que por algún tiempo ha honrado nuestra casa y nuestra mesa y parte para sus remotos lares quizás para no volver á vernos: si con inefables afectos accedimos á dar acaso el adiós postrero al héroe que en alas del vapor va por mar ó por tierra á pelear por los sagrados fueros de la patria; si en los momentos de cualquier separación sensible sabemos tributar testimonios de cariño, de consideración y de aprecio á los deudos, amigos y personajes cuyo contacto nos ha sido grato y cuyo alejamiento temporal deja en nuestros corazones como un vacío difícil de llenarse; razonable y justo es que, cuando desaparece para siempre del mundo de los vivos un hombre superior y de equilibradas facultades que se ha distinguido como modelo digno de imitación en el seno de la familia, en los círculos del trabajo, en los afanes patrióticos y en la amplia esfera de la sociedad humana, lleve el homenaje de cuantos reconocieron sus méritos.

Egoísmos, debilidades y pasiones suelen hacer que desconozcan algunas virtudes extrañas en ejercicio aun aquellos mismos que inmediatamente experimentan sus benéficos resultados; mas, suprimido el editor responsable y á la vista el catálogo de sus obras, si aún los contemporáneos andan reacios en hacerle justicia póstuma, la posteridad se encarga de subsanar por completo todas las deficiencias. La moral es una ley eterna que tiene su sanción indefectible y siempre proporcionada al mérito y al demérito.

Pero hay otras virtudes que son generalmente reconocidas sin excepción de ninguna clase y honradas en vida de las personas que las ostentan: estas virtudes no excitan animosidad ni en los caracteres más discolos ó pervertidos, no ofenden susceptibilidad alguna, y el que las posee goza de la dicha posible durante su efímera existencia y deja su memoria bendecida á las generaciones venideras. Ejemplo de esta verdad es el nombre que sirve de epígrafe á estas líneas.

Don Agustín Edwards Ross, cuyo fallecimiento en Santiago de Chile se apresuró á noticiar el telégrafo y luego la prensa de aquel país divulgó interesantes referencias, era uno de esos hombres de privilegiado carácter, que, nacidos, educados y madurados en la opulencia, se ponen voluntariamente al contacto diario con todas las miserias humanas, á fin de remediarias, sin despetar siquiera el ruin sentimiento de la envidia.

Vivió prodigando el bien á manos llenas y cumpliendo escrupulosamente todos sus deberes, y por eso, al morir, el respeto, el cariño y la gratitud de cuantos le conocieron recomiendan su nombre á la veneración de la posteridad.

La historia de este americano ilustre pudiera servir, bien ordenada y comentada, para dar una oportuna lección á los favorecidos por la suerte, con objeto de trasladar desde la obscura región de lo insoluble al fácil terreno del posibilismo la pavorosa cuestión social; pero no nos es permitido actualmente sino reducirla á breves y contados apuntes que justifiquen la opinión que dejamos consignada en el preámbulo. No ha lugar á las más importantes descripciones cuanto menos á consideraciones filosóficas, morales y sociales.

Nació el señor Edwards en Valparaíso en 1852, de una familia oriunda de Inglaterra, de purísimas costumbres, bien acaudalada y de grande arraigo é influencia en el país. Era su respetable padre, don Agustín Edwards Ossadon, un banquero tan hábil como modesto y tan opulento como laborioso, á quien mucho debe el desarrollo y prestigio del crédito nacional de Chile; y es su venerable madre doña Juana Ross, matrona tierna y generosa que hizo de la caridad un culto y una aureola para su nombre.

El centro en que se deslizó su infancia mantuvo viva y palpitante en su corazón esa índole comunicativa, entusiasta, generosa, abierta siempre á las bellas y grandiosas inspiraciones, dispuesta siempre á coadyuvar á las empresas nobles. La educación se completó en aquella atmósfera de independencia, de labor y de desprendimiento que la actividad comercial ha impuesto como distintivo á la sociabilidad cosmopolita de su ciudad natal.

Adolescente todavía, se inició en el escenario político con un rasgo de la más bella y cumplida probidad. Hecho diputado por el departamento de Quillota en 1876, renunció la investidura de legislador por haber observado en la elección manejes que desvirtuaban su pureza.

Reelecto para el mismo puesto en 1879, llegó al Congreso en los momentos mismos en que la guerra del Pacífico abría anchos horizontes á su patriotismo.

Su abnegación y su desinterés no fueron menores que su laboriosidad: era el primero y el más entusiasta en las tareas parlamentarias; y puso

siempre toda su actividad y toda su fortuna al servicio de los grandes intereses nacionales.

Desde su brillante iniciación en la vida pública, el voto popular no cesó de renovar su mandato hasta 1894, llevándole de la Cámara de Diputados á la de Senadores y creciendo sin cesar en consideración y prestigio.

Durante casi un cuarto de siglo tuvo una parte muy principal é influyente en la vida política del país: Ministro de Hacienda en diversos periodos, dejó pruebas indelebles de su competencia y superioridad financiera.

Su papel como negociante é industrial no fué menos laborioso y fecundo. Juntamente con las atenciones de la política, consagraba su pasmosa actividad al movimiento minero, agrícola é industrial del país. Numerosos centros mineros y grandes establecimientos de fundición eran sostenidos con sus capitales, buscando, no colocaciones lucrativas, sino el patriótico y desinteresado objetivo de crear y levantar elementos de positivo bienestar y engrandecimiento para la República. A su perseverancia se debe el fomento de la minería en Copiapó.

Esta misma actitud observó en las empresas agrícolas é industriales. Grandes sumas invirtió en el sostenimiento de una fábrica de azúcar en el Parral, y á la explotación agrícola, introduciendo los cultivos más adelantados. El mejoramiento de las razas caballares le mereció decidida atención, importando los tipos más perfeccionados del extranjero.

Pocos hombres han hecho de su riqueza un uso más noble, útil y generoso. Su gran establecimiento bancario fué en todas épocas un auxiliar constante de todas las empresas y de todos los industriales ó agricultores en los momentos de penosas crisis.

Sus arcas las puso á disposición del gobierno del señor Pinto para las atenciones de la guerra peru-boliviana. Estos rasgos de espléndido desprendimiento le fueron usuales y comunes en todas las circunstancias de la vida. Por eso su fortuna le atrajo siempre simpatías y bendiciones.

Toda institución de beneficencia ó de interés social le contó siempre entre sus fundadores ó cooperadores más activos y entusiastas. Creó escuelas, sostuvo hospitales, fomentó con munificencia las instituciones de bomberos y fundó ó subvencionó talleres modelos para la instrucción obrera.

Su filantropía se hacía sentir en todas partes con dádivas espléndidas ó auxilios oportunos.

El progreso intelectual de su país fué objeto muy especial de su predilección y sus desvelos. Protector de las bellas artes y de los artistas en general, no lo fué menos del periodismo en el país. Sostuvo diarios de varias ciudades de la República, y en 1884 adquirió la propiedad del importante diario de Valparaíso *El Mercurio*, protegiendo con noble desprendimiento á los escritores y á la juventud dedicada á las tareas literarias.

Unió los destinos de su vida á la distinguida señora Maria Luisa Mac-Clure, cuyo talento y virtudes cubrieron de felicidad su hogar, y de cuyo matrimonio existen nueve hijos que reciben una educación esmerada y ejemplos admirables de alta fortaleza y preparación para la vida.

Y al sentir en la plenitud de la existencia, á la edad de 45 años, que se le acercaba la inexorable Parca, consignó, en testamento, su amor á la familia, á la amistad, á la patria y á la humanidad con 19 cláusulas, algunas de las cuales son dignas de mencionarse aquí.

Por una de ellas declaró cancelados totalmente todos los créditos á su favor, aunque fuesen hipotecarios; y por otras, legó 30.000 pesos á los pobres de Valparaíso y otros 30.000 á los de Santiago; 150.000 pesos al Hospital de San Juan de Dios, de Valparaíso, 50.000 al de Copiapó; 25.000 al de Quillota y 50.000 á los hospitales de Santiago, y otros 50.000 pesos al cuerpo de bomberos de Valparaíso.

Destinó un lugar de su propiedad y 20.000 pesos para habitaciones de trabajadores; legó los objetos de arte de sus casas de Santiago y Valparaíso al Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago. El diario *El Mercurio*, avaluado en 500.000 pesos, lo legó á sus tres hijos varones, por partes iguales, encargándoles la administración personal del mismo diario; y en fin, dejó 25.000 pesos para reparaciones del templo del Sagrario; 300.000 pesos al arzobispo de Santiago para la construcción de un templo en Valparaíso, y constituyó un censo á favor de un convento de monjas con un capital que, colocado al 4 %, produzca una renta igual á la que le había estado dando todos los años, etc.

¡Ese hombre hace el bien aun después de muerto! Su prematuro fallecimiento fué motivo de duelo en la República trasandina; pero el resplandor de sus virtudes cívicas irradiará siempre sobre su memoria y el agradecimiento del pueblo chileno le acompañará más allá de la tumba.

Don Agustín Edwards pasó en España, acompañado de su familia, una gran temporada buscando salud en el clima templado de Andalucía, y sólo regresó á Chile por respetable sentimiento nativo, para rendir en la patria el último tributo de la naturaleza.

La resignación cristiana y el sentimiento unánime del gobierno, pueblo y prensa de Chile de-

ben confortar en la aflicción a su distinguida familia, que ha visto compartir su dolor por todos los que conocieron en vida a don Agustín Edwards.
¡Honor a su memoria!

MATIAS ALONSO CRIADO.



UN CASO PARA LOS CLINICOS

A fines de 1895, Amado Nervo, gloria literaria de México, y que es, en concepto de Urbina, el poeta de *las pálidas, de lo triste y de lo enfermo*, disparó una verdadera descarga de artillería sobre los escritores de la gran república del Anahuac, con su pequeña, pero brillante, audaz y ¿por qué no confesarlo? con su DESCONSOLADORA novela *El Bachiller*.

Nervo, el elegante director de la edición hebdomadaria de *El Mundo*, de México, me la ha remitido, con afectuosa dedicatoria, y yo no me atrevere a juzgarla, después que magistralmente lo han hecho los gladiadores de la crítica hispano-americana denominados José M. Vigil, Rafael Angel de la Peña, Manuel Larrañaga Portugal, José P. Rivera, Luis G. Urbina, Ezequiel A. Chávez, Ciro B. Ceballos y otros muchos. Pero, aunque deba resignarme a no hacer de ese libro encantador el natural juicio crítico, le diré al compatriota ausente, desde aquí, cuáles han sido las impresiones que en mi espíritu ha producido su novela corta *El Bachiller*, leída, y, más que examinada, *sentida*, en menos de una hora.

Felipe, el *Bachiller*, nació enfermo de esa sensibilidad excesiva y atávica que amargó los días de su madre. Precocemente reflexivo, ya en sus primeros años prestaba una atención extraña a todo lo exterior. Una de esas angustas puestas de sol del Otoño, le ponía triste, silencioso, y le inspiraba anhelos difíciles de explicar. Algo así como el deseo de ser nube, celaje, lampo y fundirse con el piélago esmeralda del ocaso....

Un día, cediendo a las indicaciones de su tío Jerónimo, cuando vibraban los ecos misteriosos del *Angelus*, al declinar la tarde, y se llenaba su alma de místico pavor, a vista de cualquiera ruina argentada por la luna, dirigióse al colegio de Pradela—Seminario en toda forma—con el objeto de dedicarse a la carrera eclesiástica. ¡Ay! por fin tuvo lugar la ceremonia de la tonsura. Quedó afiliado en los devotos regimientos de los servidores de Dios, y no se sabe si con horrenda é intima angustia, ó con un placer indefinible, se vió comprometido a renunciar, para siempre, a aquellos gozos en que la mujer ocupa la cima de todos los encantos, lo mismo espirituales que materiales.

El infeliz Felipe se engañaba; él no había nacido para la tranquila misión de los apóstoles. Las más punzantes pasiones le asediaban, cuando la aurora vertía torrentes de luces áureas sobre los campos, ó cuando la noche mandaba, con sus sombras, que las hienas saliesen de sus cavernas y de las empinadas cordilleras las águilas. Sentía dentro de su cerebro la atroz dolencia que hizo ir al hidalgo Gastón, del Delfinado á arrojarse en Saint-Dider, ante las venerandas reliquias de San Antonio, para curarse de viciosas tentaciones y del hervor infernal de los placeres insensatos. Se puso pálido y flaco, enclenque, casi loco. Pretendía orar y parecía oír remedos muy lejanos de bailes de odaliscas. Tomaba en las manos el *Libro de los Salmos*, de David, *El Genio del Cristianismo*, de Chateaubriand, ó alguno de los *Autos Sacramentales* de los padres de la dramática española, y de las letras ó de los grabados se imaginaba ver brotar pes-



D. FRANCISCO GUIMARAES
Distinguido escritor brasileño

tañas negras, seductores ojos y cabelleras blondas de virgenes olímpicas. Vagaba, iba y venía de la fe a la concupiscencia, del valor religioso a la abyección caótica. ¡Desventurado sér, precipitándose en los abismos del mal, sin valor y sin fe!

Entonces su tío hubo de compadecerse del atormetado joven. Llevóle al campo, al aire libre, a las colinas cuajadas de árboles frutales y a los riachuelos rumorosos. Sucedióse los paseos a caballo; las fatigosas, pero a la vez divertidas exploraciones por las selvas; las meriendas en barquichuelos movidos por el céfiro; las cántigas lugareñas, las recitaciones de pulcras poesías.

Sin embargo, Satán le perseguía, le acosaba aún allí. Asunción, la bella hija del administrador de la finca, estaba destinada a anonadarle. El sol—según frases pictóricas de Nervo—coronaba a la sazón, como una diadema de fuego, la cúspide de un monte; la brisa llegaba, llena de perfumes rudos, a la ventana, y ante la pompa de la naturaleza, y con las emanaciones vigorosas de la llanada, el *Bachiller* se sentía ebrio de juventud, ebrio de vida.

No exageraremos el cuadro último de la novela, porque le tenemos miedo a los desastres del realismo; pero imaginaos a Asunción, rogando a Felipe que desistiera de ordenarse sacerdote; pidiéndole, con caricias, que la amara, porque ella lo adoraba a él; y tan pronto la una arreciaba en sus mimos, coqueterías, lágrimas y devaneos, como el otro gritaba que quería morir primero que ser réprobo a la presencia del cielo.

Y Nervo, como un desesperado, pasando repentinamente de lo melancólico a lo trágico, se acuerda de aquel Orígenes, el predicador Adamantino, hijo soberbio de Alejandria, víctima de las persecuciones de Maximino y de Decio, sobre cuya cobarde conducta se alzó soberbia y airada la santa voz de Demetrio, célebre obispo de Atenas.

Así concluye el romance: Felipe con un cuchillo en la mano y bañado en sangre propia; y Asunción, horrorizada, cual los paganos coribantes siguiendo en vertiginosa carrera por los bosques de Cibeles y al ruido del tambor frigio, al avergonzado Atis, de Catulo.

Renuncio a discutir ó averiguar si el desenlace de la obra es más ó menos inmoral, dentro de los derroteros de la moderna escuela naturalista; si ese desenlace se halla de acuerdo ó en pugna con las magnificencias del arte literario; y si les bastará, a los que son idealistas por temperamento ó convicción, ver triunfante a la virtud, por encima de todas las conveniencias terrenales. Sólo sé decir que *El Bachiller*, de reducidas proporciones, hierre como africana gumia, y conmueve hondamente, con ráfagas de huracán. El estilo es hermosísimo; las descripciones recuerdan a Castelar; las tintes de los cuadros resultan velazquianas. Es esa obra una especie de estrella en miniatura, como *El sombrero de tres picos*, de Alarcón, ó *Pepita Jiménez*, de D. Juan Valera. Pertenece al número de las páginas que no se ven sencillamente, que no se leen con

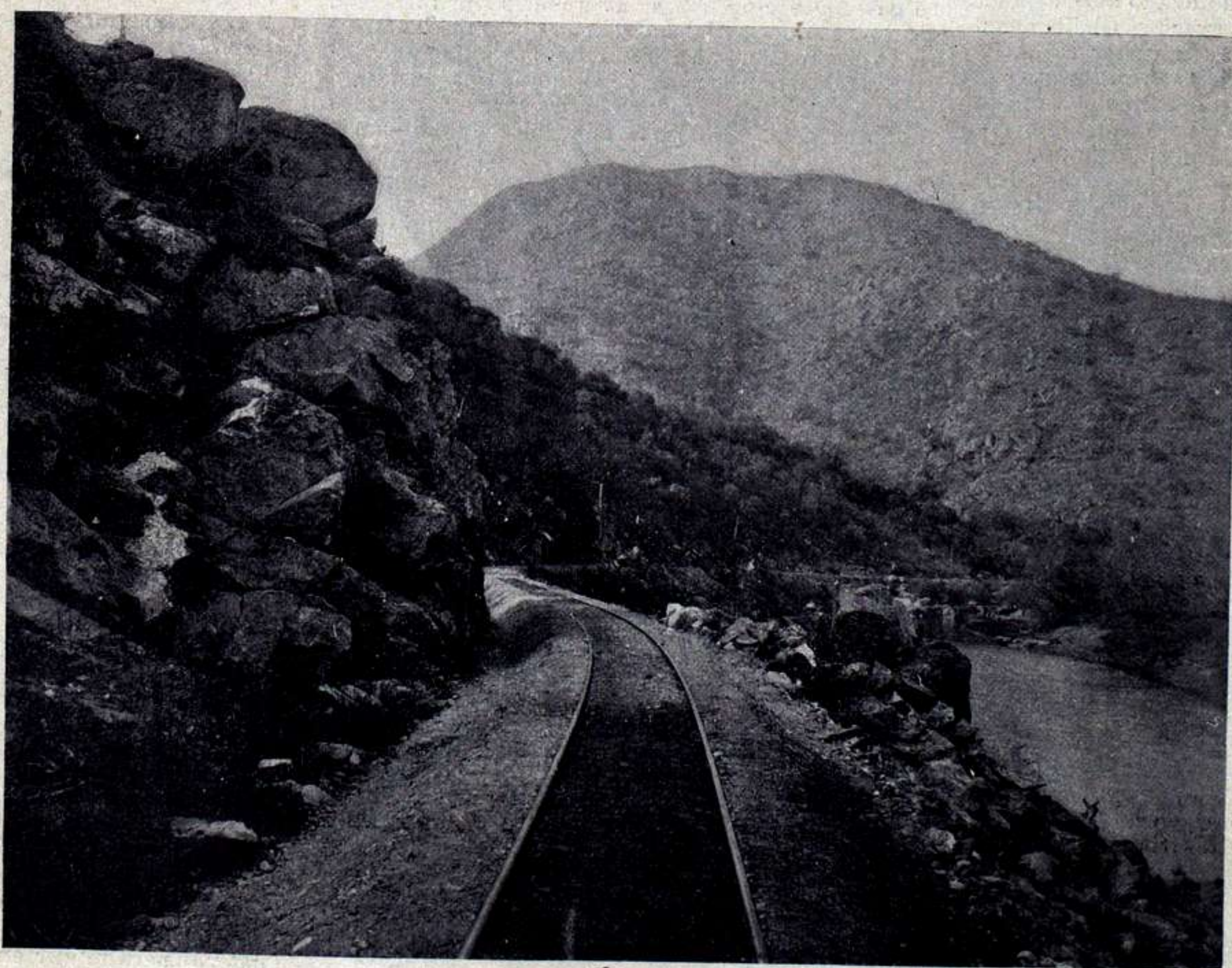
indiferencia, sino que se devoran con el pensamiento, y que producen angustia, porque no se llega en el acto a la última sílaba, al último hecho, al estertor postrero, para encontrarnos—¿con qué?—con Asunción, que viendo correr a raudales la sangre de Felipe, lanza un grito, y aflojando los brazos, da un salto hacia atrás, y queda en pie, a dos pasos del herido, con los ojos inmensamente abiertos y fijos en aquel rostro que, contraído por el dolor, mostraba, sin embargo, una sonrisa de triunfo; mientras allá lejos, en un piélago de oro se extinguía blandamente la tarde.

Alguna vez yo he dicho que amo más un suspiro que una idea.

Nervo hace sentir, induce a lanzar gemidos, prepara el olán batista para recoger las lágrimas de los que padecen, y por eso se le quiere, se le admira y se le aplaude con entrambas manos. Canta a los que bajan la cabeza, dibuja a los que se sacrifican por grandiosas causas, evoca a quienes habrán de irse demasiado temprano de este mundo, para no volver. ¡Ah! sería de los míos, militaría en mi cohorte, en la legión de los que hemos nacido con un corazón apretado por la musa del dolor (para obligarnos a defender en todo tiempo a los caracteres mustios y a los semblantes piadosos), si en lugar de dejarse seducir por los requiebros del pernicioso realismo decadente, volara, en alas de la fantasía y de las esperanzas, para llegar al trono de Lamartine y Chénier.

Sobre todo, el simpático autor de *El Bachiller* procede sin los recursos pueriles de la literatura asimilista. Es sumamente original. Tiene senderos propios, geniales concepciones, ideas que parecen salir, de súbito, del antro de un volcán.

Leyendo la última obra creada por el pujante talento de Amado Nervo, he tenido que acordarme de ciertas apreciaciones del escritor argentino Miguel Cané. El joven hijo de México pertenece al número de los que reflejan siempre en sus escritos el



SIERRA DE CORDOBA — COMUNICACIONES POR EL F. C. CENTRAL ARGENTINO
(Fotog. E. Moody)

ideal sacrosanto de la patria, dándoles la expresión de nuestra sociabilidad peculiar, el eco de nuestros dolores históricos, la voz de una aspiración eminentemente americana, sin renegar de la fecundadora savia de la Latina raza; porque Nervo ni tiene el enfermizo sentimentalismo de Byron, ni el escepticismo cáustico de Heine, ni el enervante pesimismo de Leopardi. Si, a semejanza del héroe del publicista limeño, él, aun cuando todavía no tiene blancos los cabellos como Longfellow, vive en un mundo encantado, se ha encerrado en su modesto Tísculo, y, al igual del poeta latino, emplea las mejores horas de la vida, en adornarlas de puras emociones; bajando pocas veces a los estadios de la prensa, esa arena ardiente—como dice Cané—que a todos nos tuesta y endurece el corazón esa *alma nutrix*, según Janin, que nos absorbe, pero que a todos nos vigoriza y engrandece; y figurando, ¡tristeza siento en reconocerlo! entre los que por ser realistas obcecados, en el sentir literario, cual si en el mundo moral hubiese leyes fatales como en los centros de la química, de las matemáticas o de la física, no echan de menos el reinado del helenismo puro y miran, sin conmoverse, los astros del firmamento, que hoy descomponen el espectrómetro y que hace tres mil años eran dioses que poblaban los cielos y rejuvenecían el orbe, al sacudir su cabellera, según versos de Musset.

ó en las excavaciones de Serapeun, en donde se hallaban seres que tenían facultades mágicas, al decir de los bastardos preconizadores de las estirpes faraónicas.

No hará mal el señor Nervo, si, en cuanto al estilo, continúa siguiendo los consejos del sabio escultor de Atenas, Pedro París.

Así como los huracanes y las epidemias sirven para perpetuar las especies, destruyendo de cuajo los organismos diformes ó radicalmente descompuestos, del propio modo el artista debe desechar lo decrepito, lo repugnante, lo deforme, a fin de que se purifiquen y se diafanicen las excelencias morales. Los grandes maestros de la estatuaría antigua nos dieron el ejemplo. Matices distintos, ya vigorosos y vivos en los sombríos hipogeos y en las portadas rebosantes en claridad, ya pálidos y suaves en las salas iluminadas por una luz tenue, se armonizaban perfectamente en sus obras, ora con el esplendor del sol ó de las teas, ora también con el misterio de la penumbra. Para ellos sólo existía una edad digna de ser trasladada a mármoles y bronce: la juventud, y lo mismo en las paredes de las *mastabas* que en los edificios del nuevo imperio, sobre los muros de los templos y portadas monumentales, hombres y mujeres aparecían en la cúspide de su desenvolvimiento, sin hacer caso de los jovencuelos de inciertos contornos ó de los ancianos inválidos por la decrepitud.

D. IGNACIO FIRMAT



BAJO la penosa impresión de su muerte inesperada, al cerrar este número, apenas podemos coordinar breves datos biográficos de su activa y laboriosa existencia: los mejores años del que en vida fué el ingeniero D. Ignacio Firmat los pasó en esta tierra americana, en la que deja patente muestra de su inteligente concurso, como obrero de la civilización, emprendedor, ilustrado, hombre de sociedad, y consecuente conciliador de opiniones é ideas que fundía en un concepto nobilísimo: la unión de la madre patria española y su brillante hija emancipada del Plata.

Nació D. Ignacio Firmat en Santander (España), en 1838, y después de terminados sus estudios de segunda enseñanza en su pueblo nativo, dedicóse en Madrid á los de ingeniero, cuya carrera terminó á los veinte años, entrando inmediatamente en el ejercicio de las funciones de su profesión, como jefe de tracción en el ferrocarril de Isabel II, línea de Alar á Santander, pasando



VENEZUELA — AA. CASA DEL CORONEL CRUZ CARRILLO (TRUJILLO), DONDE SE DICTÓ LA PROCLAMA DE GUERRA Á MUERTE. VIVIÓ EN ELLA EL LIBERTADOR.
C. CUARTO DONDE SE FIRMÓ EL DECRETO

Aquí no podrán ser bien estimadas las bellezas del estilo candente que fulgura en el pequeño diamante denominado *El Bachiller*. A Nervo es preciso leerlo, para admirarlo y aplaudirlo de corazón, á la falda del Popocatepetl ó á las márgenes del Usumacinta, así como se goza y se siente más recorriendo las portentosas páginas de Cervantes en las llanuras de la Mancha, las de Swift y Henry Bayle en los palacios ingleses, las de Heine y Jean Paul á orillas del azulado Rhin, las de Ossian en las escocesas montañas, las de Tennyson junto á los tronos y las de Dante á la sombra de los ennegrecidos y colosales conventos de Roma ó de Florencia.

En ocasiones se me ha ocurrido que, para los cultivadores del moderno naturalismo en literatura, el hombre no se compone únicamente de cuerpo y alma. A juicio de ellos quizás, al rey de la creación es preciso estudiarlo en las *mastabas* egipcias, con *cuerpo, duplicado, alma y el elemento luminoso*, partícula ígnea desprendida del divino fuego; porque solamente así podrían explicarse actitudes ó resoluciones que no proceden, ni pueden derivarse de las ingénitas funciones del espíritu ó de la carne. Algunos abortos psicológicos de Zola ó de Maupassant, no son, en realidad, de nuestra época, ni del humano sér, tal como lo entiende y lo comprende la teogonía cristiana, y habría que ir á buscarlos en el Museo de Bulak

En resumen, de los viejos desilusionados no hay que hablar. Vengan los adolescentes de hoy, los doctos de mañana, á convertir el mundo en sublime paraíso, de caridad y amor, y olvidense de querer apropiarse el derecho á llorar que sólo corresponde á los que van marchando silenciosos por el lago del ocaso; pues la vida debe ser lo que el propio Amado Nervo decía al lamentar con argentada lira la muerte esplendorosa de Manuel Gutiérrez Nájera:

Y forma la ilusión mundos de encaje,
Y los troncos de savia están henchidos,
Y las frondas perfuman el bosque,
Y los nidos salpican el frondaje,
Y las aves arrullan en los nidos.

ANDRÉS CLEMENTE VAZQUEZ.



de allí, en calidad de inspector, á los ferrocarriles del Norte de España y desempeñando más tarde las funciones de ingeniero jefe y encargado del servicio de tracción de la Compañía de Medina del Campo á Zamora.

En 1867 marchó á la Exposición de París, representando á su provincia, y al regresar á España fué nombrado ingeniero jefe de la línea de Alar á Santander, conservando este cargo hasta el año de 1873, en que vino á esta República con el carácter de agregado diplomático á la legación de España.

Poco tiempo después de su llegada recibió proposiciones del gobierno argentino para que aceptase un puesto en la oficina de ingenieros, sección de ferrocarriles, en cuyo ramo era una verdadera especialidad. Aceptó el cargo y renunció su destino en la legación. En la oficina desempeñó con gran competencia varias comisiones, entre ellas la confección del reglamento de ferrocarriles.

Disuelta en 1874 la oficina, formó parte de la comisión encargada de las obras públicas nacionales, en compañía del ex ministro de la Guerra, Sr. Villanueva, y del agrimensor Sr. Lynch. En 1876 fué reorganizado el departamento y se nombró al Sr. Firmat inspector general de puentes y caminos. Fué ingeniero del ferrocarril del Norte, catedrático de construcciones civiles é hidráulicas en la Universidad de Córdoba, y á fines de

1882 se hizo cargo del trazado, construcción y organización del ferrocarril Oeste Santafecino, de D. Carlos Casado del Alisal.

El Sr. Firmat dió nueva y brillantísima prueba de su ciencia y de su actividad infatigable en esta magna obra, á que se consagró por completo, desde que se colocó el primer jalón hasta que la línea quedó abierta al servicio, abarcando una longitud de 210 kilómetros. Organizó luego su explotación, que puede considerarse como un modelo entre las diversas líneas de la provincia, y quedó á su frente como administrador general, ocupando ese cargo hasta Mayo de 1896, en que hizo espontánea y persistente renuncia, por resistencias justísimas de su pundonor contra las tiránicas exigencias de la política local. El Sr. Firmat se mantuvo firme en su honorable actitud dada la tirantez de relaciones con las autoridades, insistió en su renuncia, obteniendo con este motivo grandes pruebas de aprecio y consideración del directorio de la empresa y demostraciones de afecto de la culta sociedad del Rosario.

Este rasgo de nobleza de carácter del Sr. Firmat, que sacrificaba á móviles de delicadeza una posición elevada, influyó mucho en la excepcional acogida que mereció de la colonia española de Buenos Aires, que le nombró, y reeligió más tarde, para el puesto de honor de presidente del Club Español, que ejerció con tanto acierto como provecho para esa importante sociedad.

Era, además, el Sr. Firmat escritor galano que recordaba su vida periodística, cuando redactaba de 1880 á 82 el periódico *La Nación Española*, y fácil orador, de frase precisa, ornada con brillantes períodos retóricos de su siempre juvenil fantasía, amena, rica y llena de fluidez cuando arrancaba de «un mundo de sueños» oculto bajo la caparazón de un hombre gastado por la vida, toda la poética contextura de sus aficiones estéticas y de su entusiasmo caballeresco.

La colectividad española pierde una de sus personalidades más salientes; el país argentino uno de los activos colaboradores de su progreso; y sus amigos, cuantos lo tratábamos, un corazón sano, una inteligencia clara y un criterio experimentado en los embates de la vida.

¡Descansen en paz!



D. FRANCISCO GUIMARAES



El retrato del distinguido caballero brasileño que aparece en nuestras páginas, no es el de un desconocido. Aunque alejados por la vorágine mercantil de nuestra cosmopolita ciudad de la vida activa de muchos americanos, cuyos nombres se pierden en listas pasajeras de los recuerdos del periodismo, siempre miramos con simpatía todo acto que nos rememore un involuntario olvido, y en el caso presente con el señor Francisco Guimaraes, vicecónsul de los Estados Unidos del Brasil en esta capital, nos hallamos en esta situación.

Si la vecina república brasileña confió á sus pocos años tal distinción, y corrobora nuestro biografiado en la importante dirección de la fábrica de la *Companhia Matte Larangeira* el impulso de su actividad y el esfuerzo de sus conocimientos, y en sus relaciones sociales aquí, y en sus vinculaciones en la patria nativa, y en sus trabajos literarios se nos revela como ilustradísimo escritor, hombre de sociedad y competente industrial, bien puestos están su nombre, su retrato y su biografía en una revista americana como la nuestra.

Hace tiempo que la *Gazeta de Noticias*, importante periódico de Rio de Janeiro, reprodujo en sus columnas editoriales las magníficas *Cartas do Prefeito*, dirigidas desde Buenos Aires al Intendente municipal de aquella capital, y en las que, bajo elegante forma literaria, el autor desarrollaba el tema de la transformación de la metrópoli brasileña, dotada por la naturaleza de las más sorprendentes bellezas, pero indudablemente descuidada por la mano del hombre. Domiciliado en Buenos Aires, era natural que sus cartas pusiesen en evidencia los grandes adelantos urbanos de la primera capital de Sud América, y los pregonase á sus compatriotas con todo patriotismo y amor por la verdad.

Son notables, entre todas esas cartas, la primera (Junio de 1897) y la última, editada en Diciembre pasado. Esta última ha sido motivo de verdadera y curiosa controversia, pues mientras su autor era felicitado por muchos de sus amigos y compatriotas, hasta telegráficamente, por el verdadero triunfo que su *Carta* había obtenido, consiguiendo que el intendente *vetase* un monstruoso monopolio en que se pretendía especular con la muerte de los *fluminenses*, enseñándole el ejemplo de Buenos Aires, que lo rechazara anteriormente, algunos miembros del concejo municipal de Rio, en plena sesión, lo apostrofaban, así como á la *Gazeta de Noticias* por haber reproducido la *Carta*.

El autor de estas celebradas *Cartas do Prefeito* es don Francisco Guimaraes: no podríamos prescindir de este interesante dato biográfico de actualidad, revelando así lo que en riguroso incógnito guardaba y guarda en sus producciones el distinguido caballero de quien nos ocupamos, el que con mucha prudencia y elevado criterio ha dejado en silencio las imputaciones injustificadas y algo inconvenientes de los apasionados concejales, habiéndose encargado de su defensa la misma actitud del *Prefeito* municipal de Rio y la propia prensa de esta capital.

Cumpliendo hoy el grato deber de presentarlo á nuestros lectores, sentimos no disponer de mayor espacio para ampliar con algunos rasgos biográficos del joven literato, industrial, *amateur* de arte y publicista político, los que llevamos reseñados, concretándonos á decir que el señor Guimaraes pensaba retirarse á su patria á fines de 1897, donde sin duda continuaría prestando sus patrióticos servicios á la madre patria. Ha sido aplazado, felizmente, su viaje, de lo que se felicitan sus amigos de Buenos Aires, y no poco la gran empresa con la que comparte su inteligente actividad.

Así no veremos demorada la publicación de su libro sobre la Argentina, ya en adelantada elaboración, según noticias. pues el ilustrado *maranhense* (1) lo hará aparecer simultáneamente en Buenos Aires y en Rio de Janeiro.



PARA EL HOGAR

Feliz año.—Sopa á la búlgara.—Tagliatelli.—Calabaza ó zapallo á la parmesana.—Higado de ternero estofado.—Huevos rellenos.—Natas con ron.—Betún para el calzado.—Algunos usos del amoniaco.—De sobremesa.—Correspondencia.



UNQUE un poco tarde, os deseo, amigas mías, el más feliz Año: que Dios bendiga vuestros anhelos y que los realice para vuestro bien!

Cuando una mira hacia atrás, recordando el tiempo pasado, puede resultar que, individualmente, haya perdido ó ganado el bienestar. Cuando miramos, en cuanto á mujeres, en nombre del sexo, hemos perdido positivamente.

Así, á lo menos, lo afirma el erudito escritor inglés Mr. Boy, quien, en un curioso estudio publicado recientemente, demuestra que al conceder mayores prestigios y derechos á la mujer no avanzamos, sino que retrocedemos en civilización.

En los albores de la cultura griega y de la civilización persa, las mujeres eran, socialmente y en todas las cosas de la vida, mucho más consideradas que ahora.

El profesor Sayce, por su parte, demuestra que en Arcadia, 4000 años antes de Cristo, la mujer tenía mayor autoridad que el marido, en todos los asuntos de familia. En los Vedas, al hablar de hombres y mujeres, se pone siempre á ésta por delante, y se preceptúa «que si el marido maltrata á la mujer, y ésta se ve obligada á privarle de los derechos conyugales, sea el esposo arrojado al río».

Hoy día, en todos los pueblos salvajes ó de civilización mediana, la mujer está sometida á la condición de esclava. Aun en los países más cultos, la mujer dista mucho de gozar la preponderancia y los derechos que hace seis mil años.

¿Cómo perdieron las mujeres aquel prestigio? Es un misterio. Indudablemente lo harían muy mal, y con sus abusos provocarían la revolución de los hombres.

De modo que el sistema de gobierno de la isla de San Balandrán ha existido real y verdaderamente... y acabó en una sublevación del sexo fuerte, que, desde entonces, haciéndonos aparentemente los honores de vencedoras, nos trata en el fondo como vencidas.

De todas maneras, conformémonos con los hechos consumados,—y os lo repito de nuevo, muy cordialmente, que Dios os colme esto año de prosperidades.

He aquí una sopa tomada á la cocina belga, y que os ofrezco hoy, (para el año que viene) por cuanto se llama, no sé por qué, sopa de Año Nuevo.

Se cortan en pedacitos zanahorias, nabos, apios y cebollas, y se cocuen un rato en agua con sal; se enjugan en seguida, y se ponen en una cacerola, en fuego moderado, con un pedazo de manteca, algunas rebanaditas muy delgadas de jamón sin tocino, y tres ó cuatro pocillos de caldo.

(1) Nació el señor Guimaraes el 11 de Marzo de 1866, en San Luis de Maranhao, capital del estado del mismo nombre.

Cuando las legumbres estén bien cocidas, se pasan por un tamiz ó colador, valiéndose para deshacerlas del mismo caldo en que se han cocido. Se vuelve á poner este puré en una cacerola, se le agrega el caldo necesario para la sopa, se hace hervir una hora, más ó menos, y al servirla, se colocan previamente en la sopera rebanadas de pan fritas, y unos dos huevos cocidos y partidos en rebanadas.

Los *tagliatelli*, como me los ha enseñado un italiano, se hacen como vais á verlo.

Se prepara una masa con harina, sal y agua y se la extiende con el ustero de modo que quede lo más delgada posible y del tamaño de un cuarto de servilleta, más ó menos. En seguida se la corta en tiras largas de dos centímetros de ancho. Se las echa en agua que esté hirviendo, en la que se dejan dos ó tres minutos, se sacan y se ponen en agua fría, después de lo cual se colocan en un cedazo para que destilen.

Después se guisan como los macarrones (*macaroni*): se pone un pedazo de manteca en una cacerola; encima se le echa queso rayado, una capa de *tagliatelli* (con sal y pimienta), otra de queso y manteca, y otra de *tagliatelli*, hasta que se emplee todo; entonces se vacía encima un vaso de leche; se pone otra capa de queso y se hace cocer en el horno como los macaroni.

Todavía otro plato italiano: el zapallo ó calabaza á la parmesana.

Se corta el zapallo ó la calabaza en pedacitos y se los hace hervir un cuarto de hora con agua y sal; después se dejan destilar, se pone en una pastelería un pedazo de manteca (ó grasa) y se hacen freir los pedazos con sal y pimienta.

Para servirlos, se agrega queso parmesano rayado por encima; se pone al horno un momento y se sirve en la misma pastelería.

¿Queréis probar el higado de ternero en estofado?

Se mecha el higado con bastante tocino salado; se coloca en una cacerola con tocino, cebolla, zanahorias, sal, pimienta, perejil y un vaso de vino blanco; se hace cocer durante tres horas sobre rescoldo; se sirve bien caliente.

Fácil, expedito, y me aseguran que agradable.

Un *hors-d'oeuvre* no menos fácil y ligero.

Coced seis huevos hasta que queden duros,—seis huevos á la piedra,—peladlos, y cortadlos en dos, lo que os dará doce mitades, si no me equivocó.

Secad con cuidado las yemas, ponedlas en un plato hondo, ó mejor en un almirez, con dos ó tres cucharadas de crema ó leche, perejil picado, y si tenéis á la mano otros dos ó tres filetes de anchoas, ó bien un par de sardinas; moledlo todo junto, poned sal, pimienta, una sospecha de nuez moscada, si os gusta, y con esta pasta rellenad las mitades de las claras.

Las arregláis en un azafate de loza que resista al fuego, las ponéis en medio del plato un pedazo de manteca fresca, y las calentáis algunos minutos entre dos fuegos.

Una golosina muy agradable, que puede servir para postre:

Poned un pedazo de requesón en una budinera, con una taza de crema y tres cucharadas de miel. Batid bien, y cuando esté esponjado, ligero, espumoso, perfumad con una copa de ron.

Es fresco, incitante y sano.

Si os vais al campo,—y aun si os quedáis en la ciudad,—y queréis tener un buen betún para el calzado, que no sea corrosivo ni queme ni quiebre el cuero, preparadlo en la forma siguiente:

Haced hervir, durante seis minutos, más ó menos, en un medio litro de cerveza, 100 gramos de negro de marfil, 100 gramos de azúcar cande, 50 gramos de goma arábiga, 50 gramos de cera virgen; al cabo de aquel tiempo, retirad del fuego, dejad enfriar y vaciad, para conservarlo, en un tiesto de barro ó loza vidriada.

Para servirlos de este betún, lo extenderéis sobre los zapatos por medio de un pincel, en capa ligera, y en seguida, una vez seco, cepilláis vigorosamente para que dé todo su brillo.

Vais á ver una pequeña parte de los servicios que puede prestar el amoniaco:

Un poco de amoniaco con agua templada ablanda y limpia la piel.

Una ó dos cucharadas de amoniaco en un balde de agua, limpiará las vidrieras mejor que el jabón.

Con un poco de amoniaco y agua se quitan las manchas de grasa; para ello, colóquese un papel secante debajo de la tela, pasando luego por encima de ésta una plancha caliente.

Para conservar brillantes los objetos de níquel ó de plata, se frotan con un pedazo de tela empapada en amoníaco.

Partes iguales de amoníaco y de esencia de trementina, quitan de la ropa las manchas de pintura, aunque estén secas y endurecidas. Saturese el sitio cuantas veces sea necesario y lávese después con agua de jabón.

De sobremesa:

* El patrón ve entrar á su sirviente en una taberna.

—Juan,—le dice,—estoy sorprendido de verte entrar á semejante lugar tú, un hombre á quien creía tan formal.....

—Pues, señor, mucho más sorprendido se quedaría usted si me viera salir!.....

* Diálogos:

—¡Nada hay tan horrible como el alcohol, que tantos estragos causa en la sociedad!

—¡A quién se lo cuenta usted! ¡Ayer mi cocinera se quemó viva por la explosión de una lámpara de espíritu de vino!

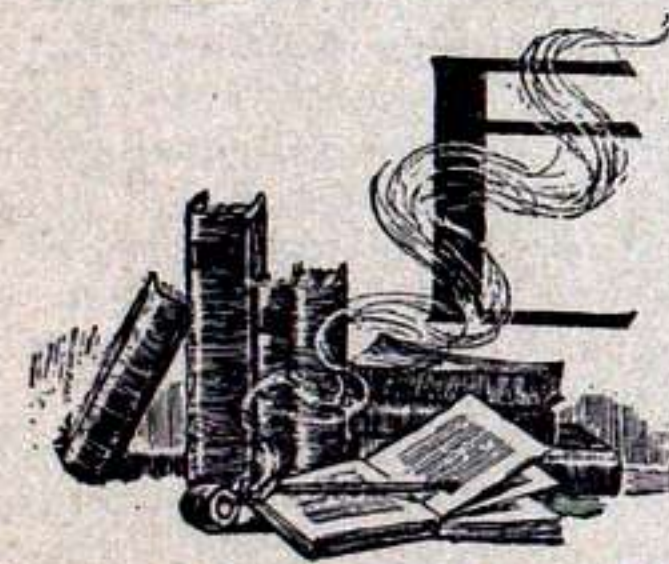
CORRESPONDENCIA.—A Cazador. Una manera fácil de conservar las aves y los pajaritos en verano es destriparlos y rellenarlos con carbón de piedra.

A Malcontent.—Tal vez el quebrarse las retortas ha dependido de envolverles el cuello en un paño húmedo, y remojarlo después con agua fría. Suprima usted este detalle, que no debe practicarse sino en condiciones muy especiales, y acaso tendrá mejor resultado. No conozco el procedimiento que me pide para extraer esencia de vainilla. Procuraré buscarlo.

T. P.

LA INCONSTANCIA

(CUENTO ORIENTAL)



EN Córdoba, la sultana del Mediodía, la ciudad de las flores y de las auras perfumadas, la señalada por el dedo de Alá para los placeres y las delicias sin fin, vivía feliz y poderoso el anciano Barmek, á quien por su prudencia y sabiduría confió Harun (el Justo) el gobierno de sus principales provincias.

«Los justos, ha dicho el Profeta, vivirán en una morada de paz; los jardines y las fuentes serán su patrimonio, estarán vestidos de púrpura y oro, y las hurles de alabastrino seno serán sus esposas; y escrito está que las promesas de Dios son infalibles.

Por esto, era Barmek, bendito de Alá, y el genio del bien batía constantemente sus alas sobre la morada del justo.

El ambiente de la felicidad, de la riqueza y de los amores, se respiraba en la morada de Barmek, dulcemente, mezclado con las brisas impregnadas de azahar, que hasta él llegaban desde las riberas del Guadalquivir.

En los babilónicos pensiles de aquel palacio, veíanse, juntos y en admirable confusión, las palmeras, el plátano inodoro, el tilo perfumado, los frescos arrayanes de Cartago, el tulipán de Sтамбуl y las rosas de Alejandría; en las copas de los cipreses, trasplantados de Jericó, murmuraban sus quejas los enamorados ruiseñores, y entre la murta y el clavel y la pasionaria se arrullaban tiernamente las palomas, arrancadas de los floridos cámenes que bordan las colinas de Granada.

No es menos rica ni voluptuosa la suntuosidad interior del palacio de Barmek.

Las ricas sedas de Damasco cubren una parte de sus filigranadas paredes, y extiéndense á trechos sobre el blanco mármol del pavimento, las alfombras del Ispahan y de la Persia.

El almizcle y las más odoríferas gomas exhalan densas nubes de perfumado ambiente, quemándose en argéntinos pebeteros, y de las fuentes de jaspe y de granito saltan en caprichosos giros y abundantes chorros el agua de la rosa y la esencia de azahar.

La luz, descomponiéndose al atravesar los vidrios de mil colores que coronan los ajimeces del palacio, adquiere nuevas tintas al refractarse en los espejos orlados de flores de los campos de Córdoba y de Cabra, sujetas por hilos de perlas de Bahrein y de Golconda, y en aquella morada del deleite y la sensualidad oyense las melodías del laúd oriental, rico en ecos de melancólica ó arrebatadora poesía.

Todas estas delicias guarda el Profeta á los buenos creyentes.

¡Feliz mil veces Barmek, el temeroso de Dios, el solo, el único de quien procede todo bien!

¡Feliz mil veces Barmek, el sabio, el prudente, el poderoso, el padre de Osmina y Jarifa, dos hermosas como la luna, timidas como las gacelas; dos ángeles con ojos de fuego y mejillas tintas por el carmin de la virginidad; dos seres ideales como las hadas del lago, como los espíritus de los que mueren de amor!

¡Feliz mil veces el viejo sabio, á quien obedecían los xeqes de las tribus, á quien guardaban veneración los poetas y los guerreros, á quien amaban entrañablemente Osmina y Jarifa, el orgullo de su vida, el encanto de su vejez! Porque continuamente resonaban en los oídos y en el corazón del buen anciano, frases parecidas á estas:

—¡Venid, padre mio; abrazadme; dadme dulzuras, y os abriré mi corazón y veréis en él un tesoro de amor!

—¡Cubridme de besos, padre adorado; y dormiré á tu arrullo, y el genio del bien nos envolverá en sonrosadas nubes!

Y así vivía, feliz entre los felices, el viejo Barmek, con las glorias del poder y los deleites del amor, y los placeres de la amistad y los goces de la fortuna.

Y así vivían Osmina y Jarifa, para orgullo y encanto y delicia de su padre.

Porque Alá es grande y clemente y justo.

Y sólo á los buenos da la felicidad.

Y sólo para ellos creó las glorias inmortales.

Y para ellos sólo dispuso las delicias de la tierra.

Y para ellos sólo guarda el paraíso, cuyos tesoros son eternos.

Porque Alá reserva el paraíso á los buenos creyentes, á los que en él confían.

¡Bendito sea el nombre de Alá!

Pero, ¡ay, que los favores de la fortuna suelen á veces desaparecer tan rápidamente como vuelan las arenas del desierto impelidas por el vertiginoso soplo del simoun!

Barmek, el viejo feliz, tan querido del sultán, perdió en un solo día todo el favor de Harun.

Y aquel día la luna se ocultó entre tinieblas, y corrieron asustadas las gacelas del bosque, y lloraron lágrimas de sangre los divinos ojos de Osmina y Jarifa.

Un día apareció en la casa de Barmek un enviado del sultán Harun, con la orden de que se diese la muerte, según costumbre de los altos dignatarios á quien castigaba el furor del monarca.

Barmek calló á sus hijas la desgracia que lo amenazaba, y dejando rodar el llanto por su blanca y nobilísima barba, contestó al enviado:

—Oye, Hasan; el monarca te habrá dado esa orden en un momento en que el opio y el almizcle embargaban sus sentidos. Vuelve á palacio; yo iré en tu compañía. Dile que has presenciado mi muerte, y que has depositado mi cabeza á las puertas del diván por excitarle el estremecimiento del terror. Si se satisface huiré con mis hijas y viviré contento lo poco que de vida me resta; si no,.... te aguardaré á la puerta y me daré la muerte.

Barmek y Hasan llegaron al palacio; Hasan sirvió los deseos del anciano sentenciado; pero el sultán, embriagado efectivamente por los efectos del opio y de la sensualidad, dijo al enviado:

—Tráeme la cabeza de Barmek; quiero verla; quiero convencerme de su muerte.

¡Y Barmek puso fin á su vida, en cumplimiento de su palabra!

Por este hecho escribía poco después un poeta persa lo siguiente:

Reconoce en la muerte de Barmek los engañosos favores de los poderosos, y teme ser dichoso.

E. SACO.

LA CRITICA DEL «HERNANI»



Por la época en que se estrenó *Hernani*, la noche en que se dió en París la cuarta representación de este drama, dos personas salían del teatro discutiendo con gran calor sobre el mérito de la obra.

La discusión era muy acalorada, y los contendientes, á pesar de hallarse unidos por muy estrecha amistad, llevaban traza de terminar á moquetes la polémica: de tal modo se iban acalorando uno y otro.

Nada de extrañar habría sido que llegaran á tan deplorable extremo. Sabido es que en la primera representación del drama hubo en el teatro una verdadera batalla en que tras de las vociferaciones y los insultos clásicos y románticos,

se aporrearon de lo lindo, deshaciéndose las narices á puñetazos.

Aunque la noche á que hacemos referencia la excitación se había ya calmado un poco y estaban algo más tranquilos los ánimos, todavía hubiera podido acabar mal la disputa de los dos amigos, si no da la casualidad de que en aquel momento se acercase á saludarles un individuo conocido de ambos.

Como el recién llegado era una persona muy respetable, y con la que no tenían gran confianza, nuestros hombres, suspendieron su disputa, para reanudarla en momentos más oportunos. Pero como el señor respetable salía del teatro y parecía igualmente preocupado con el drama, uno de los contendientes, creyendo tal vez hallarle de su opinión, le dijo:

—¿Qué le ha parecido á usted la obra?

—Admirable—contestó;—pero, la verdad, he notado una cosa, de la que hasta ahora no han dicho una palabra los críticos.

—Bueno, y ¿qué es?

—Allá voy. Pero antes necesito empezar diciéndole á ustedes que he asistido á las tres representaciones anteriores.

—También nosotros. Adelante.

—¿Sí? Me alegro. ¿No les ha llamado á ustedes la atención una cosa muy notable?

—¡Hay tantas cosas notables en la obra!—exclamó el romántico.

—Es verdad. Pero lo que yo digo es una cosa tan chocante, que por fuerza ha tenido que notarla todo el que haya visto dos veces la obra. ¡Si salta á la vista!

—Corriente. Mas diga usted pronto lo que es—replicó algo impaciente el clásico.

—Ustedes saben que en el cuarto acto hay una escena de conspiración.

—Sí, hombre, sí. ¡Adelante!

—Pues bien, los conjurados se sortean para ver á quién le toca dar muerte á Carlos V., que casualmente había ido también allí á rezar ante la tumba de Carlo Magno.

—Sí, sí, ya sabemos todo eso, pero

—¿Y no se han fijado ustedes en lo que ocurre entonces?

—¡Hombre, por Dios, dígame usted de una vez y acabemos!

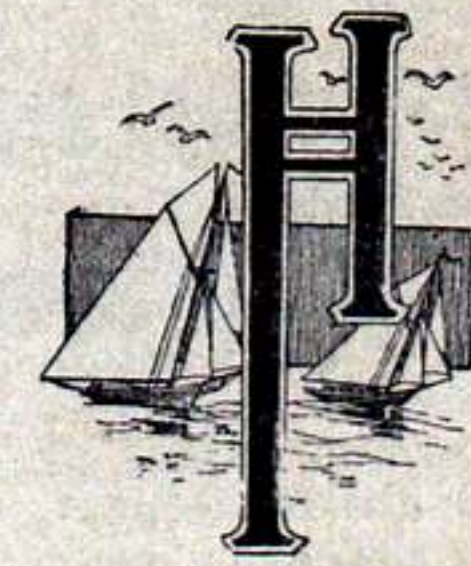
—Fíjense ustedes. En la primera representación, al sortearse los conjurados, sale el nombre de Hernani. Corriente. Eso nada tiene de particular. Vuelvo á la segunda noche y cuando se hace el sorteo, vuelve otra vez á salir Hernani. ¡Vaya, vaya, dije para mí, esto va siendo ya un poco extraño! Es demasiada casualidad. Asisto á la tercera representación y me encuentro con que sale también en el sorteo Hernani. Lo que es por esto no paso. Que le toque una vez y aun, si se quiere, dos veces ¡vaya con Dios! Pero tres y cuatro veces seguidas, esto ya es imposible. Y á mí que no me digan; por fuerza hay trampa. Conque, ya saben ustedes cuál es mi opinión sobre esa obra.

PAF.



UN CAZADOR AFORTUNADO

(DEL INGLÉS)



HABÍA probado toda clase de escopetas de caza y ninguno de los modernos adelantos en esta materia le eran desconocidos. Los mejores cartuchos eran los suyos, y su perro de caza, por el que había pagado ochocientos francos, no conocía rival entre sus congéneres. Sin embargo, desde el día que se abrió la veda, Filiberto Nemrod volvía siempre á su casa con el morral vacío.

¡Llamarse Nemrod y no acertar ningún tiro! ¡Oh, ironía de los nombres!

Aquella consecuente desgracia, de la cual sus amigos hacían constante befa, acabó por desesperar á nuestro cazador; por lo que á la mañana siguiente, antes de la cinco, cuando salió del pueblecillo en que estuvo esperando el primer tren, para dirigirse á un cazadero verdaderamente salvaje, en el que había abundancia de caza, mostraba en su entrecejo una resolución irrevocable; su fisonomía, generalmente bondadosa, tomó una expresión feroz.

—Hoy quiero matar todo lo que salga, sea lo que fuere,—y rechinando los dientes gritó—¡Fañor, vámonos!

Fañor dirigió hacia su dueño una mirada sin entusiasmo. El inteligente animal parecía decir:

—Otro día perdido.

Pero el perro, demasiado concienzudo, apenas llegado al campo, no escuchó más voz que la del deber, comenzando su trabajo.

Antes de media hora, el perro quedóse de muetra.

Nemrod se acercó con el dedo en el gatillo, pronto a hacer fuego, y cuando estuvo á tiro, *Fanor* hizo un movimiento hacia la muestra levantando un bando de perdices.

Nemrod tira: ¡Pim...pim!, sin tocar pluma.

—¡Voto va á mil demonios de carabinas! exclamó irritado, mientras, *Fanor*, después de haberle lanzado una mirada despreciativa, volvió á su trabajo.

Al cuarto de hora, nueva muestra; volvió á levantar las perdices.

¡Pim! ¡Pum! Nada.

Durante todo el día la función fué la misma: el perro no cesaba de levantar la caza y el dueño de errar todos los tiros.

Hacia la tarde, *Fanor*, cansado ya de aquella vida de perros, y después de que Filiberto erró un magnífico tiro por haber levantado una liebre entre sus propios pies, el perro no pudo menos de protestar, lanzó una mirada despreciativa, se le acercó, le olió las piernas y... alzó una de sus patas posteriores.

Desahogado así su rencor, se alejó sin apretar el paso.

—¿Ah, maldita bestia!—dijo el cazador.

Lleno de furor por la humillación sufrida, descargó sobre el impertinente animal los dos tiros de su escopeta.

Naturalmente, sin consecuencias, y el perro siguió trotando, sin dignarse volver la cabeza.

—Después de todo, es mejor así—balbuceó Nemrod, arrancando un puñado de yerba y limpiándose las polainas.—Estoy más contento así... aquel animal me espantaba la caza. Cazaré mejor solo.

En aquel momento algo extraño vió moverse detrás de una enramada.

Filiberto no perdió tiempo: se echó la escopeta á la cara y disparó.

Sonó después un agudo grito.

—¡Por vida de Baco!—exclamó Nemrod entusiasmado.—¡Esta sí que debe ser buena pieza!

Y se acercó para verla.

¡Horror!... ¡Había tirado contra un guarda forestal!

Cogido del cuello por los labradores que trabajaban en los alrededores, fué llevado al pueblo y encerrado en la prisión situada en el piso bajo de la Casa Ayuntamiento.

Después de media hora, entró en su calabozo el síndico del Ayuntamiento, que le dijo:

—Podéis alegraros de ser tan afortunado.

—¡Creo no haberlo sido nunca!—dijo el pobre cazador.

—Sin embargo, será la primera vez. El guarda forestal...—

—¿Está mejor?—preguntó ansiosamente.

—Se curará cuando se le pase el miedo.... Habéis errado el tiro.

A estas palabras, Nemrod se levantó y de lo más íntimo de su corazón salió un grito lleno de amargura:

—¡Errado!... ¡También esta vez errado!... ¡Ah vive Dios! ¡Preferiría haberlo matado!

ALONSO ZUAZO.

MOSAICO

Banco Español del Río de la Plata. — Tenemos á la vista la memoria y balance general correspondiente al 22.º ejercicio semestral, terminado el 31 de Diciembre último, y que han sido leídos en la asamblea ordinaria de accionistas, que ha tenido lugar el día 3 de Febrero corriente.

Revelan ambos documentos el estado de prosperidad á que ha llegado esta institución, cuyo extraordinario crecimiento es prueba evidente de su excelente administración, y del favor y crédito de que goza entre nuestro comercio.

Según el balance, la cuenta de ganancias y pérdidas arroja un saldo de \$ 429.428.97, que el directorio aconseja distribuir, acordando un dividendo á los accionistas de \$ 5 por acción, y otro á los fundadores de \$ 16.30 por cada título; destinando la suma de \$ 37.50 al Hospital Español; la de \$ 18.750 á los directores, síndicos y socio iniciador; la de \$ 30.006 al fondo de reserva; y finalmente, el saldo de \$ 54.428.97 al de previsión, que conjuntamente con el anterior, llegan á la cantidad total de \$ 1.188.690.92, equivalentes á casi un 20 % del capital social realizado, que es de \$ 6.000.000.

Resulta también del balance, que los depósitos existentes en el Banco, al cerrarse el ejercicio, alcanzaban á la respetable y elocuente cifra de \$ 42.170.520.90 en moneda legal y \$ 1.568.028.40 en oro sellado.

La memoria consagra un merecido recuerdo al director fallecido, doctor Felipe Solá, debiendo elegir la asamblea al que ha de reemplazarlo hasta el 30 de Junio próximo, en cuya fecha terminaba su mandato.

Los tres máximos oradores griegos. — De este libro de Marco Antonio Saluzio, á quien hemos seguido en sus eruditos estudios, en las columnas de *El Cojo Ilustrado* hay mucho que decir, y lo reservamos para después de una detenida lectura. Nos encanta la sencilla seriedad de su claro estilo y nos admira la erudición vastísima de su saber en el escritor caraqueño.

Muy agradecidos á su obsequioso homenaje, nos despedimos hasta muy pronto.

Cuentos — Un librito ameno, en que su autor el señor Arturo Jiménez Pastor (uruguayo) revela condiciones para este difícil género de literatura, á juzgar por las impresiones de una rápida ojeada á algunos de sus cuentecitos.

Impresiones de viaje. — Las de un viaje por el Neuquen y el Río Negro, son las que refiere su autor (anónimo), á partir del Rosario de Santa Fe, con fácil estilo y pintorescas descripciones. Agradecemos el interesante folleto.

Almanaque «Amaro Felsina» — Los conocidos introductores de esta capital, señores L. Pameggiani y A. G. Perisso, nos obsequian con un lindo almanaque de pared, cuyo envío agradecemos.

Almanaco Igienico Popolare. — Interesante por los materiales que contiene, hemos recibido este Almanaque popular, editado en Milán, cuyo envío agradecemos al señor Treves, su editor.

Se necesita agente. — En cada población; una persona inteligente para trabajar como nuestro agente. No hacen falta conocimientos especiales, ni que deje sus ocupaciones actuales. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa. — Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

TODOS los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la **Crema Simón** da á la tez fresca y belleza naturales. Desde hace treinta y cinco años, se vende en el mundo entero á pesar de las muchas falsificaciones. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón** completan los efectos higiénicos de la **CREMA SIMÓN**.

Exigir la marca de fábrica.

J. SIMON, rue Grange Batelière, Paris, y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.



NUESTROS GRABADOS

Pierrette. — El carnaval está ahí, á las puertas; la picaresca figura de nuestro grabado, portada del presente número, viene á anunciárnoslo con su contagiosa risa y su brillante mirada. Ya no es el ridículo Momo, el loco dios de los devaneos y las bacanales de estos días de demente alegría: es una mujer, encantadora *pierrette*, la que nos anima para las fiestas y regodeos de la locura humana.

—¿Os animáis? nos dice. — Venid, aquí estoy esperándoos. Vamos: ¿quién se queda?

Mar del Plata. — Un banquete en «La Perla del Norte». — Después de impresa nuestra crónica veraniega nos llega la nota de esta «fiesta social» del balneario de moda de nuestro mundo elegante. Sin tiempo para mayores anotaciones,

figura entre nuestros grabados como página ilustrativa de actualidad, en la que brillan gentiles damas y apuestos caballeros, dando altísimo relieve al banquete; todo un mundo de «gente conocida» dió lucimiento á la social fiesta en «La Perla del Norte».

El Carnaval en Buenos Aires. — El momento es típico, y ha estado acertado el fotógrafo el sorprender del natural una de las escenas de nuestros animados corsos en los tres días de locura consagrados por la tradición y la costumbre.

En el «Garibaldi». **Montevideo.** — Nuestra crónica quincenal uruguaya detalla las particularidades de esta visita de varias familias argentinas y uruguayas al hermoso acorazado argentino *Garibaldi*, surto en las aguas de Montevideo. Un momento, aprovechado por el fotógrafo para formar un artístico grupo de las y de los concurrentes, es el que representa la vista que ilustra una de las páginas del presente número.

Asturianas. **Cuadro de Casto Plasencia.** — No necesita explicaciones ni detalles un cuadro de un pintor del renombre del artista español perdido desgraciadamente para el arte latino; mucho más si recordamos á nuestros lectores que de este cuadro hablábamos al ocuparnos de la «Exposición de Witcomb» no hace aún mucho tiempo.

La sopa de los pobres. — No sólo de pan vive el hombre, como dice la Escritura, y no son las sopas que en tosca cazuela comen esos desdichados el tema principal de este cuadro que nuestro grabado reproduce: hay en él alma, sentimiento; flota allí la silueta de la caridad; se le respira, se le ve en la resignada actitud de esos infelices que reciben la limosna sin los sinsabores del «pan arrojado» duramente: hay, ha habido una mano cariñosa que, con el alimento, ha prodigado á esos miserables, palabras de consuelo cristiano.

Esto es lo que ha sentido Reinaldo Giudice, dándonos en ese cuadro de costumbres, una de las notas de color más salientes del Museo Nacional de Bellas Artes, de esta capital, entre los contemporáneos residentes en Buenos Aires, y reflejando todos los matices de su potencia artística con rasgos brillantes y toques oportunos.

Comunicaciones con el Ferrocarril Central Argentino. — **Pasaje de la Sierra de Córdoba.**

— Tiene esta provincia, como lo saben cuantos por ella han viajado, paisajes encantadores que sorprenden por la variedad de los tonos de luz que ora se quiebran en una sierra abrupta, ora se pierden en el bosque obscuro, ora risueños parecen jugar con el arroyo rumoroso que serpentea faldeando una colina poco elevada.

Una de estas vistas, tomada del natural, en las comunicaciones del Ferrocarril Central Argentino, en la provincia cordobesa, constituye nuestro grabado.

Venezuela — Trujillo — La vista que de esta ciudad aparece representa el exterior de la casa del Coronel Cruz Carrillo, donde se dictó, el 15 de junio de 1813, la trágica resolución con que elejé cito patriota respondía á los dolorosos hechos consumados por los realistas; la casa donde se firmó, el 26 de noviembre de 1820, el tratado sobre la regularización de la guerra, bajo cuyo techo vivieron largos días Sucre, Correa, Urdaneta y Latorre; y también la casa que escogió el Coronel Carrillo para obsequiar al Libertador con un baile, por haberse firmado el referido tratado, que lleva el nombre de Santa Ana, debido á que en ese sitio fué donde se estrecharon con abrazo cordial Bolívar y Morillo. La primera pieza la bailó el Libertador con la señorita Maria Ignacia Carrillo, sobrina del Coronel del mismo apellido.

Las vistas han sido copiadas de fotografías que fueron tomadas el año de 1887, por disposición del señor doctor Alejandro Andrade.



PIC-NIC

Dos guardianes municipales tratan de detener en la calle á dos ratas.

—A mí no me prende nadie, dice uno de éstos.

—Ni á mí, exclama el otro.

—¿Por qué?

—Porque yo me llamo «Perdiz».

—Y yo me llamo «Conejo».

—Y qué tiene que ver eso?

—Que estamos en tiempo de veda y no hay quien nos cace.





UNICO REMEDIO INFALIBLE
CONTRA
¡TODA CLASE DE JAQUECA!
EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
ÚNICO AGENTE: **GUIDO AIGNER**
CALLE CUYO, 811

SPORT

HIPODROMO NACIONAL

REUNIÓN DEL 30 DE ENERO

Poco más ó menos el mismo éxito que en las anteriores, tuvieron la sexta y séptima reunión del Hipódromo de Belgrano, cuyos resultados publicamos á continuación.

Premio «Tamberlick», 1200 metros — 1.º Bal Masqué 57 kilos, 2.º Magnolia 55, 3.º Galette 55.

No placé, cuatro caballos.

Sport \$ 4.30 y 2.85 á placé; del 2.º 5.35.

Premio «Remate», 1600 metros — 1.º Aguila 46 kilos, 2.º Estudiante 51, 3.º Distinguido 54.

No placé, cinco caballos.

Sport \$ 10.40 y 3.10 á placé; del 2.º 2.65; y del 3.º 3.80.

Premio «Pildora Azul», 1600 metros — 1.º Tom Pouce 61 kilos, 2.º Resigné 48, 3.º Helecho 50.

No placé, dos caballos.

Sport \$ 4.90 y 3.35 á placé; del 2.º 3.65.

Premio «Hidalga», 1100 metros — 1.º Doctor 53 kilos, 2.º Hidalgo 54, 3.º Namuncura 55.

No placé, siete caballos.

Sport \$ 10.45 y 3.90 á placé; del 2.º 3.45; del 3.º 6.65.

Premio «Emir», 1600 metros — 1.º Resigné 50 kilos, 2.º Tamberlick 51, 3.º Guttemberg 52.

No placé, dos caballos.

Sport \$ 12.50 y 3.90 á placé; del 2.º 3.10.

Premio «Tom Pouce», 1900 metros — 1.º Juncal 61 kilos, 2.º Tiradentes 44, 3.º Rayon d'Or 56.

No placé, siete caballos.

Sport \$ 7.10 y 3.50 á placé; del 2.º 4.45 y del 3.º 6.30.

REUNIÓN DEL 6 DE FEBRERO

Premio «Retraité», 1100 metros — 1.º Galette 53 kilos, 2.º Hirundo 53, 3.º Ancora 53.

No placé, nueve caballos.

Sport \$ 38.50, á placé 8.45; Hirundo 5.10, Ancora 3.60.

Premio «Remate», 1600 metros — 1.º Estudiante 51 kilos,

2.º Retraité 43, 3.º Tiradentes 51.

No placé, cinco caballos.

Sport \$ 6.90, á placé 2.65; Retraité 3.55, Tiradentes 2.85.

Premio «Juncal», 1600 metros — 1.º Regalona 61 kilos, 2.º Flageolet 53, 3.º Redoutable 58.

No placé, cuatro caballos.

Sport \$ 6.20, á placé 3.30, Flageolet 3.30.

Premio «Espinarda», 1200 metros — 1.º Doctor 59 1/2 kilos, 2.º Partisan 46, 3.º Aguila 48.

No placé, tres caballos.

Sport: Doctor \$ 3.40 á ganador y 3.60 á placé; de Partisan

3.80 á ganador y 4.00 á placé

Premio «Flageolet», 1600 metros — 1.º Bal Masqué 48 kilos,

2.º Emir 51, 3.º Marcela 50.

No placé, dos caballos.

Sport \$ 11.65, á placé 5.10, Emir 3.75.

Premio «Coral», 1900 metros — 1.º Rose Royale 50 kilos,

2.º General Lee 59, 3.º Onagh 44.

No placé, un caballo.

Sport \$ 6.15.

FOR EVER.



LOS CIGARRILLOS BRISSON
son los únicos que fumo por ser los mejores.
180, CHACABUCO, 180

EL AGUA DE COLONIA INGLESA DE ATKINSON

Es en absoluto la mejor que se ha fabricado.

Es la más odorífera, aquella, cuyo perfume se conserva más tiempo y es mucho más refrescante, que la preparada en Alemania.

Hágase uso solamente de la de ATKINSON | *Desconfíese de las imitaciones*

El Agua verdadera esta garantida por la etiqueta azul y amarilla en forma de escudo, y por la Marca de Fábrica « White Rose »

La LOCION para el CABELLO, con base de QUININA, de ATKINSON

Es el preparado más agradable que para la cabellera se ha fabricado. Fortifica el cabello, estimula su crecimiento y mejora en mucho su aspecto.

SE VENDE EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y DE LOS FARMACIANTES — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.

APARATOS Y ÚTILES PARA LA FOTOGRAFÍA



Edrique Lepage y Cía.

CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis

Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.

LA EQUITATIVA DEL PLATA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Capital Social: pesos 1.000.000 m. n.

Esta Sociedad otorga pólizas á tipos de premios moderados y en condiciones especiales aún no ofrecidas por ninguna otra Compañía.

A toda persona que envíe la fecha de su nacimiento y su domicilio, se le remitirán fórmulas ilustrativas con el costo del seguro y sus resultados estimados.

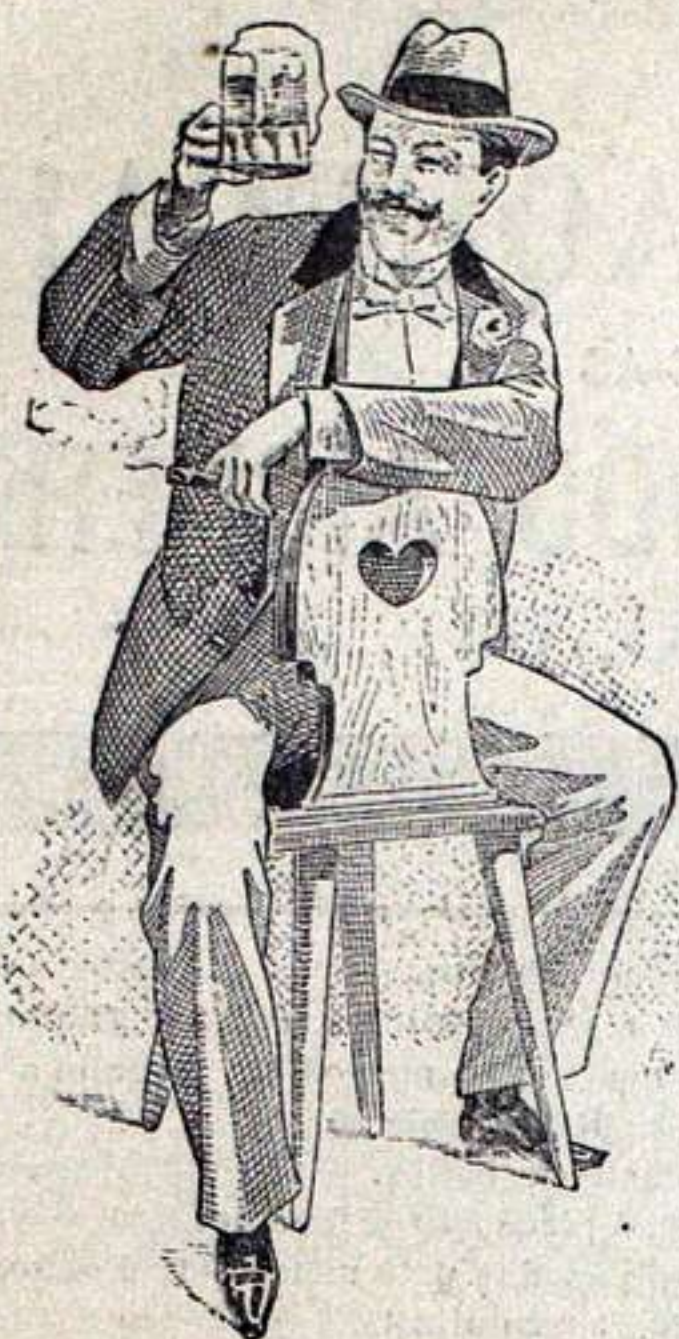
Oficina Principal: AVENIDA DE MAYO, 651

I. MORALES,
Director General.

BUENOS AIRES

MIGUEL TEDIN,
Presidente.

¡VIVA QUILMES!



CERVECERIA ARGENTINA
QUILMES
Escritorio: BRAZIL 731
BUENOS AIRES

Avisos varios

SANATORIUM de los doctores *Solá y Varide*.
Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten a
pensión hombres, señoras y niños, con asistencia
médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de
2 a 3 p. m., Lima 367.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel
y vías urinarias.—Cerrito 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por
curso del Hospital San Roque.—Consulto-
rio: Maipú 276, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermeda-
des de señoras, se curan sin operaciones por un
sistema especial. Curación garantida de todas las
enfermedades del cutis.—Artes 210, de 10 a 12 y
de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades
de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574
de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin
dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc.
Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima,

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F.
CALZADA—Abogados, Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. CARLOS VOCOS—Abogado, Cangallo,
845, de 2 a 4.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Ma-
yó 715, de 2 a 4.

DR. JENARO OSORIO—Moreno, 792, de
1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y
comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefóni-
ca núm. 197.

ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFI-
CACIONES y los PRODUCTOS
que llevan nombres parecidos a
la palabra APERITAL.

Exijir siempre la última fecha
del EMBOTELLAMIENTO sobre
el vidrio de la botella, los corchos,
las etiquetas el cajón etc., y á mas
el nombre A. DELOR & Cia.
de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C^a

Castilla Correo 417
MAIPU 918 — BUENOS AIRES

CASA INTRODUCTORA DE VINOS

624, RECONQUISTA, 628



BUENOS AIRES

TEOFILO MEYER y Cía.

La "FOSFATINA FALIERES" es el alimento más agradable y
más recomendado para los niños desde la edad de 6 á 7 meses, sobre
todo en el momento del destete y durante el periodo de crecimiento.
Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

París, 6, Avenue Victoria y en todas las farmacias

Representantes: P. DUPONT & Fils—Chacabuco, 129

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES
JORGE BELL é Hijos
649 - CALLE DEFENSA - 649
BUENOS AIRES

**La Nacional** Talabartería, Lomillería y Curtiembre á vapor— DE — **CASIMIRO GOMEZ y Ca.**

155, CALLE BUEN ORDEN, 165, — entre las de Victoria y Alsina

Las más altas recompensas le han sido adjudicadas en todos los concursos

MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de París de

1889, por guarniciones finas en competencia con Europa Y América—TRES PREMIOS

en la de Chicago de 1893.

Gran surtido de guarniciones y monturas de todas clases. Especialidad en talabartería

fina y artículos para viaje. Colección variada y permanente en bastos, caronas, recados

sobrepuestos, fiadores y todo lo concerniente al ramo de lomillería en general.

Los encargos son despachados con prontitud por estar sus talleres montados con los

elementos más modernos que se conocen. TALLERES ESPECIALES para la confección de mon-

turas reglamentarias para el ejército argentino.

A. PRAT-Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas. Se lavan y planchan de
nuevo toda clase de cortinas de muselina. Compostura de ropa de hom-
bres y de niños.

Sucursales:
375, CHACABUCO, 375 | 782, BUEN ORDEN, 790
71, CALLAO, 87 | P. DE JULIO, 1428
BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES—AVENIDA DE MAYO—CALLE PERÚ—CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y á PRECIO FIJO lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

CARNAVAL TRAJES DE DISFRAZ CARNAVAL

Dominos, Clowns, Payasos, Pierrots, Bailarinas, Monos, Diablos, etc.

Tejidos de seda, de lana y de algodón.—Adornos de todas clases.

PANTALLAS, FLORES, ADORNOS, GALONES, FLECOS DORADOS Y PLATEADOS, ETC.—SERPENTINAS, CONFETTIS, GLOBITOS (ÚNICO DEPOSITO)

NOTA.—Continúa la venta de los Saldos de las Novedades de Verano, con una nueva é importante rebaja de precios en vista de la baja constante del oro!!

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo

Pedid por tarjeta postal la "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

NICOLÁS MIHANOVICH

EMPRESARIO DE VAPORES Y LANCHAS DE CARGA

PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA Y RÍOS

Remolcadores de gran poder para toda clase de cabotaje y ultramar

Servicio especial en el Puerto de la Capital y Puerto de La Plata

FLOTA DE 45 VAPORES Y 60 BUQUES DE VELA

Introducción de carbon Cardiff mina Bory's Merthys

Escritorio Principal: 25 DE MAYO y CANGALLO

JABÓN DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

REAL HOLLANDS

LA REINA DE LAS GINEBRAS

UNICOS IMPORTADORES
W^m PAATS ROCHE & C^{ia} BAIREs

Tienda San MIGUEL

Fundada en 1857

ELIAS ROMERO y C^{ia}

Casa importadora de toda clase de alfombras y artículos generales de última novedad para tienda y tapicería

EXPOSICION PERMANENTE DE ALFOMBRAS

BIENOS AIRES 902 al 956

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



